

E. SALGARI

EL KAPITAN
DE LA
"DJUMNA"

TOMO II

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID

NOVELA DE AVENTURAS

E M I L I O S A L G A R I

EL CAPITAN DE LA "DJUMNA,"

Novela de Aventuras

ILUSTRACIONES DE M. ALCÁZAR

VERSIÓN ESPAÑOLA

TOMO II



Sección Infantil
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Heaven on Earth

SECUNDA PARTE

I

LA SOMBRA FUNESTA DEL
MANZANILLO

Después de atizar el fuego, Alí se apoyó en el tronco de aquel árbol grandísimo, el cual sostenía un número infinito de largas ramas que caían hacia abajo en forma de gigantesca sombrilla.

Schapal se tendió junto á él, y á poco comenzó á roncar sonoramente.

Ningún rumor turbaba el silencio que reinaba en aquella costa. El mar había enmudecido; sólo en el aire se oía de vez en cuando el vuelo de algún pájaro que se alejaba inmediatamente.

Alí esperaba con tranquilidad que transcurriesen sus cuatro horas de guardia, creyendo que la costa donde se hallaban no debía de estar poblada de animales peligrosos. Sin embargo, en una ocasión le pareció que experimentaba un extraño malestar y que bajo la copa de la sombrilla gigantesca iba difundiéndose lentamente una

temperatura muy fresca para el clima de aquella región, tan ardiente aun por las noches.

Al principio no hizo caso, atribuyendo aquel cambio á cualquier corriente de aire del mar; pero como observara que el frio iba en aumento, llegó á inquietarse de verdad.

—¿Tendré fiebre? dijo.—Me han dicho que las de los bosques de las islas Andamanas son tremendas, y que á veces ocasionan la muerte.

Se levantó para dar algunos pasos, creyendo que sería un mal pasajero; pero le dieron escalofríos. Se sentó, y removió el fuego para calentarse; pero hasta las llamas habían perdido su calor.

—¡Es raro! ¡Nunca he experimentado un malestar como éste! ¿Habrá alguna marisma que exhale miasmas palúdicos por aquí? No es posible que me haga temblar de este modo, como si estuviese entre los hielos del Himalaya.

Se abrigó más; pero todo era inútil. El frío seguía ateriéndole; sus miembros tem-

blaban; le parecía que el estómago se le rompía, y el corazón le latía de una manera tan extraña, que se le saltaba del pecho.

Alí era muy animoso; pero comenzó á experimentar un terror vago, pues no hallaba explicación para cuanto le sucedía.

Se acercó á Schapal para ver si su sueño era intranquilo: el indio roncaba plácidamente. Le tocó los miembros, y vió que también temblaba.

—¡Schapal!

El malabar no contestó.

—¡Despiértate!—añadió sacudiéndole.

—¿Qué quieres?—repuso abriendo los ojos con trabajo.

—Di: ¿notas algo?

—Un frío tremendo que me da escalofríos.

—¿Nada más?

—Sí; me parece que no estoy bien.

—¿A qué lo atribuyes?

—No lo sé.

—¿Tendrás fiebre?

—Puede ser. Déjame dormir... me pesa la cabeza... todo pasará...

El malabar se caía de sueño; cerró de nuevo los ojos, se volvió del otro lado y empezó á roncar como antes.

—Será la humedad del bosque—dijo Alí. Esta indisposición no puede reconocer otra causa.

Volvió cerca del fuego, y se acomodó al lado buscando su calor; pero sus sufrimientos iban en aumento.

Además de los escalofríos experimentaba fuertes dolores de cabeza: parecía que se le saltaban las sienes, y que le golpeaban el cerebro con un martillo.

A la fiebre se había juntado la jaqueca; pero una jaqueca insoportable. Cosa extraña: experimentaba Alí, en medio de aquellos sufrimientos sensaciones deliciosas. Era una mezcla de tortura y de placer.

—¿Estaré loco? ¡Parece que he bebido hachich!

—Depronto, una sospecha cruzó por su mente: con gran esfuerzo se levantó, y miró al árbol que extendía sobre su cabeza las ramas protectoras, y casi en el mismo instante las fuerzas le faltaron y se le cerraron los párpados.

Trató de reponerse, pero no pudo; cayó junto á Schapal, y allí permaneció con el cerebro trastornado y el cuerpo inmóvil como si estuviera muerto.

Vivía aún, porque seguía respirando, aunque fatigosamente, y, además, soñaba. ¡Qué sueños tan raros! Ya le parecía ver desfilar en su presencia mujeres espléndidas que le ofrecían tazas llenas de bebidas deliciosas; ya eran jovencitas que le invitaban á bailar en medio del corro formado por ellas; ya eran monstruos horrendos cubiertos de largos pelos, con boca desmesurada y armada de dientes formidables, que amenazaban devorarle de un solo bocado.

Despues veía auroras de color de rosa, soles que le cegaban con el fulgor de sus rayos, ó noches oscurísimas, tinieblas tan espesas que no le dejaban ver nada; nuevas luces, nueva oscuridad, nuevos monstruos y nuevas visiones.

¿Cuánto tiempo estuvo durmiendo? Muchas horas, seguramente, pues cuando abrió los ojos ya no era de noche: un Sol esplén-

dido brillaba en un cielo despejado, derramando sobre él rayos ardientes.

Se levantó con presteza, y, con gran sorpresa, suya, se halló en la playa, lejos del árbol bajo el cual se había dormido. Miró á su alrededor con una mirada estúpida, y vió á pocos pasos del sitio donde estaba, á su perro negro que lamía la cara á Schapal, que aun dormía profundamente.

Un grito se le escapó de sus labios:

—¡Pandú!

Al oír la voz de su amo, el perro fiel abandonó al malabar y se dirigió á Alí dando ladridos de contento: parecía enloquecer. Le lamía, le ponía las patas en los hombros, saltaba en torno suyo meneando la cola; después se acercaba al malabar ladrando y lamiéndole, como si quisiera despertarle.

—¿Estaba aquí Pandú?—se dijo Alí.—
¿Por qué nos trajo á este lugar? ¡Ah! ¡Ya no me siento tan mal como antes!

Aún estaba débil, pero la jaqueca y los escalofríos habían desaparecido. Miró el árbol gigantesco, y no pudo reprimir un grito de espanto.

—¡Ahora comprendo!—exclamó.

En aquel momento se despertó Schapal.

—¡Patrón!—llamó.—¿Cuándo ha vuelto el perro?

—No lo sé.

—Por qué me has arrastrado hasta aquí?

—Ha sido Pandú el que nos ha sacado de la sombra maléfica de aquel árbol. Si no fuera por él á estas horas hubiéramos muerto

—¡Muerto! Pero ¿qué ha ocurrido mientras dormíamos?

—Mira el árbol donde nos habíamos sentado.

El malabar miró la gigantesca planta, y no pudo reprimir una exclamación de terror.

—¡Un manzanillo!

—Sí, Schapal; nos habíamos acostado bajo ese árbol, cuya sombra mata, como sabes.

—¡Así se explican mis escalofríos y el sueño irresistible que se había apoderado de mí!

—Sí; si Pandú, llevado por su instinto, no nos hubiera apartado del tronco, no lo hubiéramos contado.

—¡Y no nos habíamos dado cuenta de que nos poníamos allí! En adelante tendremos más cuidado.

—Ya lo creo. Hemos escapado de la muerte por un verdadero milagro. ¡Bien, Pandú! ¡Qué cariño y qué inteligencia tiene este animal!

—¿Dónde habrá estado hasta ahora?

—Habrá vagado por el bosque buscando á los salvajes.

—¿Vendrán los andamanes tras él?

—Si vinieran, Pandú nos lo hubiera indicado con su agitación.

En efecto; el perro estaba tranquilo y permanecía sentado á los piés de su dueño, sin apartar de él los ojos. Debía de estar cansado, porque resollaba fuertemente, como si hubiera dado una larga caminata.

—¡Pobre Pandú!—dijo Alí acariciándole.—¡Tendrás hambre! Encendamos lumbre y asaremos el segundo pato; yo entretanto buscaré otros.

Mientras el malabar recogía ramas secas, Alí descendió á la orilla seguido de su perro; los bancos que había cerca de la costa es-

taban cubiertos de conchas tan ricas en colores y variadas en sus formas, que no las había iguales en ningún otro mar.

Veíanse magníficas *murexe ramosas*, muy grandes, blancas, con reflejos de madreperla por fuera y los bordes del interior de rosa pálida; el tritón también muy grande, pero estriado de blanco, negro, azul y café; el *cymbrium*, amarillo por fuera, pero sonrosado por dentro é incrustado de madreperlas, y una gran cantidad de conchas blanquísimas pequeñas, llamadas *kauris*, y que en algunos pueblos pequeños de África y Asia se usan como moneda.

En el Océano Índico no cuesta más que cinco ó seis pesetas el saco, que contiene unas doce mil; pero en los países distantes crece su valor. En Siam cada saco vale diez y á veces doce pesetas; pero su precio aumenta considerablemente en África, porque aquellas conchitas que se cogen en la playa de Zanzíbar sirven de moneda en muchos Estados del interior del continente africano.

Alí recogió abundantes moluscos, apoderándose también de un *limulus*, crustáceo

notable, defendido en la parte superior por una especie de coraza de hueso, semejante á la de las tortugas.

No se distinguía ningún poblado, ni ninguna canoa surcaba el mar: hacia el Norte y Noroeste se extendía la grande é impenetrable floresta.

—¡Bah! ¡Un día ú otro encontraremos un barca!—murmuró Alí.—¡No es posible que todo esté desierto!

Después regresó donde estaba Schapal asando el segundo pato. Hacia las diez, una vez que hubieron tomado fuerzas, reanudaron la marcha, bordeando siempre la selva.

II

EN LOS BOSQUES

Durante cuatro días los náufragos de la *Djumna* prosiguieron su camino; pero adelantaban muy poco á causa de la curva que describía la playa y de los obstáculos que les salían al paso, y á menudo veíanse obligados á abrirse camino por entre las matas, utilizando para ello el hacha que llevaban.

El día quinto, agotadas sus provisiones, acordaron detenerse para buscar con qué alimentarse. Los árboles que habían hallado hasta entonces no eran frutales; pero seguramente dentro de la selva los habría, porque la flora de las islas Andamanas no difiere mucho de la de la India.

Después de construir un pequeño refugio con algunos troncos y ramas de árboles, precedidos por el perro se aventuraron en la sombría y húmeda selva, abriéndose paso con grandes fatigas, entre aquella maraña de vegetales, y con mucha precau-

ción para no ser sorprendidos por algún tigre que pudiera estar en acecho. Antes de poner el pie en un sitio removían las hierbas y hojas secas con los bastones para que huyeran los reptiles; ya habían visto algunas *minute-snakes* ó serpientes diminutas, una de las más pequeñas del género. También habían tropezado con los *bis-cobra*, que huían entre la hojarasca. Estos grandes lagartos, de horrible aspecto y lengua bífida, son de temer tanto como las mayores serpientes, pues son muy poderosos é inoculan un veneno activísimo que no tiene antídoto.

Mientras en la costa del mar reinaba un silencio casi absoluto, en aquella selva saturada de humedad, infecta de miasmas peligrosísimos que producían la fiebre de los bosques, se oían mil rumores. Insectos que chillaban, ronquidos agudos, aullidos lejanos.

Entre las hierbas corrían á centenares, á miles, unas hormigas blancas llamadas *termiti fatali* ó *cavia*, más gruesas que las nuestras, con el cuerpo blanco y la cabeza amarilla, armadas con unos tentáculos de

fuerza increíble. Nada resiste á las mandíbulas de estos pequeños seres: trepanan y pulverizan las maderas más resistentes; agujerean las paredes de las casas, construyendo galerías tortuosas; destruyen y debilitan las vigas, poniendo en peligro las construcciones más sólidas, y, por último, llegan á desmenuzar los huesos.

Tampoco faltaban aves entre las ramas de los árboles. Veíanse multitud de cuervos apoyados en las copas de los *dammar*, milanos, papagayos que chillaban á voz en grito, tórtolas de blanco plumaje, y de vez en cuando los *ciephilippine*, erguidos en el borde de su nido, colgantes en forma de botella, entretejidos divinamente con una especie de algodón y con pajas, y suspendidos de las ramas por un hilo muy sutil.

Alí y el malabar llevaban recorridos quinientos ó seiscientos metros, cuando el perro se detuvo dejando oír un sordo ladrido.

—¿Algún animal?—dijo Alí armando una pistola.

—Ahora lo veremos —repuso el malabar; y separó con precaución las ramas que les

impedían ver más allá. De pronto se echó atrás murmurando con voz alterada:

—¡Una *malapamba*!

—¿Qué es eso?

—Una de esas serpientes enormes que también se encuentran en los bosques de mi país.

—¿Son peligrosas?

—No son venenosas; pero dicen que matan á los hombres apretándolos con sus anillos.

—¡Veamos!

Alí separó de nuevo las ramas y vió una serpiente tan larga como no había visto nunca en Bengala: medía veinte piés; es decir, más de seis metros, con una circunferencia de cinco palmos. Tenía la piel cubierta de escamas verdosas con manchas oscuras. El enorme reptil estaba devorando un perro salvaje, una especie de chacal con el pelo corto, leonado y cola roja. Ya se había comido la mitad, y se esforzaba por acabar el resto, abriendo la boca cuanto le era posible.

Estas serpientes, como las *tamul vengas*

nati, que tienen de quince á veinte piés de longitud, son capaces de tragarse animales diez veces más gruesos que ellos, tal es la elasticidad de sus fauces.

—No merece la pena que nos moleste-mos en matarla; pero está junto á ese árbol cuya fruta se halla ya en sazón, y sería una lástima que la despreciáramos. ¡Dame el hacha!—dijo Alí.

—¡No la mate! Podría revolverse y des-hacerle con la cola.

—¡No será tan ágil! Además, está muy entretenida con su presa.

Cogió el arma y saltó junto al reptil: éste, interrumpido en su laboriosa digestión, se irguió dirigiendo al valeroso marinero dos miradas que despedían fuego; pero, embar-gado por el perro que estaba comiendo, y que no podía apartar ni engullir, no era de temer. Alí, sin amedrentarse por los agudos silbidos de su adversario, á hachazos lo tendió en el suelo sin vida, y dividido en tres pedazos.

—¡Vete al Diablo!—exclamó el capitán limpiando el arma en la hierba.—¡Ayúdame, Schapall!

El árbol bajo el cual yacía el reptil estaba cargado de esa fruta deliciosa llamada por los indios *ham*, de tres ó cuatro pulgadas de largo, de forma ovalada, con una corteza verde y dura, y que contiene una pulpa amarilla de aromático y exquisito sabor.

Cuando no están maduras del todo tienen sabor intenso á trementina, y comiéndolas producen erupciones cutáneas y fiebres perniciosas; pero cuando están en completa madurez son muy buenas y saludables. Se comen crudas ó secas; pero los indios suelen mezclarlas con el *carri*, condimento usado en toda la India, compuesto de carne y pescado adobado con hierbas, aromas. pulpa de tamarindo y otros ingredientes.

Los dos náufragos cogieron abundante fruta, y siguieron internándose en la selva con intención de cobrar alguna pieza antes de retirarse á su albergue.

Aquella parte del bosque no parecía habitada por animal alguno. Allí y Schapal aguzaban el oído, pero en vano: no se percibía ningún rumor entre las matas, ni canto alguno en la copa de los árboles.

Además, si Pandú hubiera notado la proximidad de algún *nilgó*, preciosos ciervos que abundan en los bosques de la India y en los de las islas del golfo de Bengala, ó de alguna otra fiera, no hubiera tardado en indicárselo á su amo.

Ya comenzaban á desesperar, cuando de pronto Pandú se detuvo en seco, levantándose sobre las patas traseras y alargando el cuello.

—Algo ha oído mi perro.

—¿Habrá dado con la pista de alguna pieza?

—¡Silencio!—dijo Alí.

Pandú seguía escuchando. así permaneció algunos momentos; luego se volvió hacia el capitán meneando la cola.

Alí le acarició, diciendo á Schapal:

—Si Pandú no se lanza ni se atreve á ladrar, es que no se trata de un animal cualquiera. Le conozco bien: es valeroso, pero prudente, y no pone nunca á su amo en peligro.

—¿Qué habrá oído?

Si hablara, ya nos lo hubiera dicho; pero ahora tenemos que adivinarlo.

—Patrón—dijo Schapal, —¿será que se aproximan los salvajes.?

—En eso estaba pensando. Debemos batirnos en retirada, pues cerca de la costa me considero más seguro: allí podremos refugiarnos en las escolleras.

—¡Vamos pronto, porque Pandú comienza á dar senales de impaciencia!

Efectivamente; el inteligente animal ya no se mostraba tranquilo. Olfateaba hacia la derecha, después giraba sobre sí mismo y escuchaba con la cabeza baja, levantando las orejas; luego se acercó á su dueño, y le cogió de la americana como diciéndole que se retirase de allí.

Persuadido de que se acercaban los salvajes, con quienes no tenía interés, de encontrarse, Alí se puso en marcha hacia la costa.

El perro los precedía. No había cuidado de que desconociese el camino: se adelantaba, y á poco volvía hacia los naufragos, mirando á Alí con ojos que tenían algo de humano, y con los cuales parecía decirle:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Hubieran querido redoblar el paso; pero no se atrevían por temor á llamar la atención de los salvajes. Habrían recorrido unos quinientos metros, volviéndose de vez en vez para evitar una sorpresa, cuando Schapal, que tenía un oído muy fino, se detuvo diciendo:

—Parémonos aquí: las matas son muy espesas, y podremos escondernos bien.

—¿Qué has visto?

—Nada; pero he oído.

—¿Andar á los salvajes?

—Escuche: marchan paralelamente á nosotros.

Alí se echó en el suelo, y acercando el oído á tierra se puso á escuchar, conteniendo la respiración.

Pandú se paró al ver así á su amo, y volvió al lado de Alí.

Al oído del anglo-indio llegó un vago rumor, producido por la marcha de varias personas.

—¿Ha oído?—preguntó el indio al ver que Alí se ponía en pie.

—Sí; pasos de hombres que avanzan á través de la selva.

—¿Nos habrán descubierto?

—Escuchemos otra vez.

Volvió á echarse en tierra; pero á sus oídos no llegó ningún rumor.

—¡Mala señal!—murmuró.—Si se han detenido, es indicio de que se han percatado de que nos hemos parado.

—¿No se oye nada?

—Nada. Quisiera saber á qué distancia están y si nos siguen á nosotros.

—No le quepa duda.

—También sospecho que siguen nuestras huellas. ¿Vendrán á buscarnos?

—Pronto lo sabremos—dijo Schapal, que se levantó bruscamente.

—¿Cómo?

—Mire ese árbol que hay enfrente de mí. ¿No ve unos cuadrumanos entre las ramas?

Alí miró en la dirección indicada por el indio, y sobre un árbol vió infinidad de monas tan pequeñas como ardillas y con la cabeza desmesurada y horrible, con dos ojazos amarillos, semejantes á los de los mochuelos.

Entre las monas distinguió dos gráciles *loris*, llamados por los indios *tevangas*, animales de costumbres nocturnas y en extremo suspicaces, pues los habitantes de la India, y aun los isleños, los persiguen encarnizadamente, no por su carne, que es pésima, sino por sus grandes ojos, con objeto de impedir que los brujos se sirvan de ellos para fabricar filtros.

—¿Por qué perseguirán los salvajes á estos animales?—dijo Alí algo sorprendido.

—¿No ve usted que están tranquilos?

—En efecto; no se mueven.

—Si se acercaran los salvajes, huirían; mientras estén ahí, no tenemos que temer.

—Pues no podemos darnos por satisfechos. ¡Mira!... Sin duda han notado que se acercan sus perseguidores.

Los dos *tevangas*, que parecían dormitar, se levantaron bruscamente sobre sus débiles patitas, treparon con presteza por una de las ramas más gruesas, se detuvieron un momento junto á una grieta del tronco, y después desaparecieron.

—¿Qué me dices, Schapal?

—Que lo más prudente es que reanudemus nuestra caminata.

—Soy de esa opinión. ¡Á la playa, y pronto! ¡No abandones el hacha!

Se levantaron, saltaron las matas que los ocultaban y echaron á correr. Aun no habían dado cincuenta pasos, cuando oyeron la infernal gritería de los salvajes.

Alí se volvió, y vió una docena de negros feísimos que saltaban las plantas con la agilidad del kanguro, y que agitaban armas que debían de ser lanzas y bastones nudosos, que serían mazas; algunos iban armados de arcos.

—¡Corre, corre!—gritó á Schapal.

Corrían velozmente, como almas que lleva el Diablo, precedidos siempre por Pandú el cual les indicaba el camino, pues de otro modo les hubiera sido materialmente imposible reconocerlo.

De vez en cuando Pandú se detenía y nacía frente á los salvajes ladrándoles y enseñándoles los dientes; y como la raza canina era totalmente desconocida en las Andamanas, los salvajes, creyendo que se

trataba de alguna fiera, se paraban recelosos, perdiendo mucho de su valor.

Los fugitivos se aprovechaban de estos momentos de vacilación para ganar terreno: el aliento principiaba á faltalles cuando entre el follaje distinguieron la superficie brillante del mar.

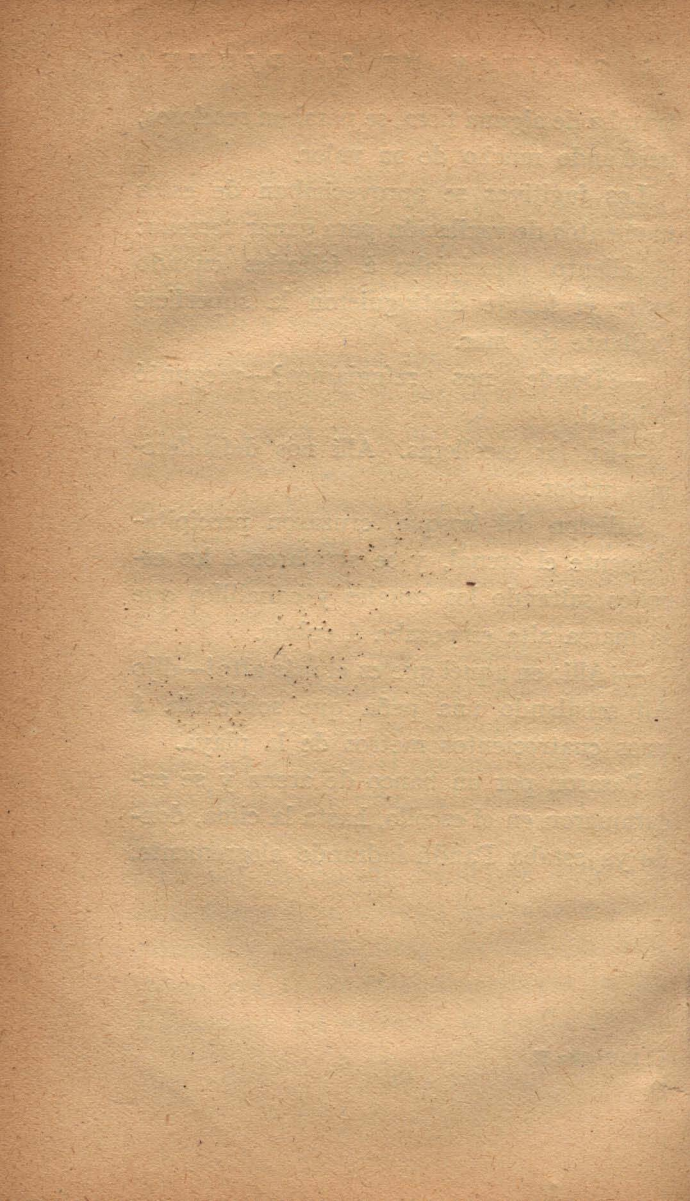
—¿Dónde nos refugiamos?—preguntó Schapal.

—En las escolleras. Allí nos defendere-
mos mejor.

Salieron del bosque, cruzaron precipitadamente el arenal, y se arrojaron á los escollos saltando los canales y canalillos que la marea alta empezaba á cubrir.

—¡Allí; en aquel que es el más alto!—dijo
Allí señalando una peña que sobresalía á
unos cuatrocientos metros de la playa.

Pasaron por un banco de arena y se encaramaron en el escollo, hasta la cima, donde ya estaba Pandú ladrando alegremente.



III

ENTRE LA MAREA Y LOS SALVAJES

La peña donde se habían refugiado, prefiriéndola á la selva donde podían caer en cualquier emboscada, era un escollo de unos seis metros de altura y que terminaba en una pequeña plataforma.

Era el más distante de la costa, de modo que los indios sólo podían llegar hasta él en canoa ó chalupas. Además, entre la orilla y la peña había trescientos ó cuatrocientos metros de espacio lleno de escollos y bancos de arena, y cruzado de canales que durante la marea alta no podía pasar más que á nado.

Alí se regocijaba de su elección y aguardaba tranquilo el asalto de los salvajes.

Estos habían aparecido ya en la orilla; pero no se atrevían á llegar hasta las escolleras, pensando acaso que los fugitivos no se dejarían apresar así como así. Eran más que antes: pasaban de veinte, y recorrían la playa sin intenciones hostiles.

Debían de pertenecer á alguna tribu distinta de la de los andamanes, pues mientras éstos son ordinariamente de baja estatura y muy delgados, los que perseguían á los náufragos eran más bien altos y fornidos, y menos oscuros que los primeros.

Sin duda formaban parte de alguna colonia venida de Nicobar.

—Me parece que no les ha gustado nuestra fuga—dijo Ali.—Seguramente, pensaban sorprendernos en plena selva.

—¿Crée usted que esos salvajes son peligrosos?—preguntó Schapal.

—La verdad; siempre he oído hablar mal de los andamanes. Se asegura que no hacen remilgos ante un plato de carne humana. Si es ó no cierto, no lo sé, pero lo más prudente es que permanezcamos lejos de ellos.

—¿Y si no fueran antropófagos y todo eso fuesen cuentos de los viajeros?

¿Has oído hablar de lo que le pasó á la *Orwell*?

—No.

—Si estuviera aquí mi amigo Bak, no te daría muy buenos informes ide los andama-

nes; y si tuviéramos tiempo, yo te contaría la historia, y te convencerías de quiénes son estos isleños, aun cuando no son caníbales. Estemos alerta y no los dejemos acercarse; la esclavitud no se ha hecho para mí, y mucho menos para ti. Pero, ¿qué hacen esos bestias? Vuelven á la selva y dejan centinelas. ¡Malo, Schapal, malo; eso me preocupa!

Los salvajes, después de rondar por entre los primeros escollos, se habían retirado al interior del bosque, dejando en la playa, ocultos tras las peñas que emergían del agua, unos cuantos compañeros como centinelas de vista.

—¡Ah, bribones!—dijo Alí.—¡Ahora comprendo su calma!

—Yo no.

—¡Apostaría cualquier cosa á que se disponen á atacarnos por el mar!

—¿Cómo?

—Con balsas ó con algo parecido. Si tuviera una escopeta pronto despacharía á esos vigías; con estas armas no se puede hacer nada.

—Garrovi se lo llevó todo.

—¡Miserable! ¡Algún día le encontraré, y no tendré compasión de él! Pero preocupémonos de lo que nos interesa. El Sol se pone, y en breve será de noche: esperan la oscuridad para acometernos.

—¡No seremos tan tontos que nos durmamos!

Alí no respondió: miró en torno suyo, y vió que el agua cubría poco á poco bancos y escolleras. Frunció el ceño, y levantando los ojos los clavó en Schapal. En su mirada se reflejaba una inquietud tan intensa, que no pasó inadvertida para el indio.

—¿Qué tiene?

—Me parece que hemos cometido una imprudencia al refugiarnos aquí.

—¿Por qué?

—Las mareas son muy fuertes en el golfo, y esta peña es poco alta.

—No comprendo...

—Cuando la marea haya adquirido su máximo de elevación, ¿estaremos aún en seco? ¿Has pensado en este peligro? Mira:

las olas comienzan á agitarse animadas por la brisa de la tarde.

El indio había palidecido.

—¡La marea!—exclamó.

—¿Viste la peña esta mañana antes de que nos internásemos en el bosque? Entonces la marea era alta.

—No la vi.

—Eso quiere decir que vamos á pasar muy mala noche, y que las olas de la resaca nos arrojarán de aquí.

—¿Crée usted, patrón, que las aguas cubrirán del todo la roca?

—Esta mañana no se distinguía.

—¿De modo que tendremos que hacer frente á las olas y á los andamanes?

Alí había enmudecido; observaba el oleaje de la marea que en el golfo de Bengala no alcanza la altura extraordinaria que en Manica, pero son muy importantes, sobre todo cuando sopla el monzón. No es raro verla alcanzar una altura de seis y hasta ocho metros, mientras el escollo sólo sobresalía del agua poco más de seis.

—¿Y qué vamos á hacer?—dijo Schapal.—

Amparados por la oscuridad podíamos volver á la selva.

—¿Y los andamanes? Vigilarán para no dejarnos escapar.

—¿No habrá otro escollo más alto cerca de éste?

—¡Mira; mira una lija que se acerca!—indicó Alí cada vez más preocupado.—¡Buena noche se nos prepara! ¡Será un milagro que estemos vivos mañana! O las flechas de los isleños ó los dientes de las lijas darán razón de nosotros. Pero no desesperemos; puede darse el caso de que la marea no suba tanto y nos deje en paz. ¿Qué hacen los salvajes?

—Procuran acercarse.

—¡Eh! ¡Alto allá! ¡Aún tengo armas y municiones!

Alí se volvió hacia la playa: los isleños encargados de la vigilancia de los fugitivos deseaban dar fin á la aventura.

Uno, que parecía el jefe de los demás, á juzgar por el gran número de escamas de tortuga que le adornaban el pecho, había atravesado ya á nado dos canales y se había izado sobre un escollito que sólo distaba

cincuenta pasos de la peña ocupada por Alí y el indio.

En la mano sostenía un arco, y parecía medir la distancia para cerciorarse de que la flecha haría blanco.

—Medita su atentado—dijo Schapal.

—Arrojadas desde cierta distancia, sus flechas hacen poco daño; tienen en la punta una espina de pescado, pues estos isleños no conocen el hierro.

—¡Mándale una bala!

—Estoy aguardando que se acerque; estas pistolas son de buen calibre, pero de poco alcance.

—Si nos ve armados, andará con más recelo.

—Se acercará; no cabe duda.

El salvaje, alentado por la inacción de los fugitivos y creyéndolos desprovistos de armas, había dejado el escollo y atravesaba el tercer canal, sosteniendo entre los dientes el arco. A treinta pasos de la peña hizo pie, trepando á otro escollo que la marea no había cubierto aún. Deseoso de dar á sus compañeros una prueba de valor, se arrojó al suelo y tendió el arco, colocando en él una flecha.

—¡Cuidado Schapal! Imítale, pues esa camisa que llevas no te defiende contra el dardo que te va á arrojar.

El indio se echó en el suelo, y sobre él pasó la flecha, que fué caer á unos diez metros de la peña.

—¡Es valiente el granuja—dijo Alí;—pero yo no soy mal tirador!

Apuntó con una de las dos pistolas: en aquel momento se levantaba el salvaje para juzgar del efecto de su dardo y se destacaba sobre el horizonte. El anglo-indio, á quien á su vez correspondía dar una prueba de valor y demostrar á los asaltantes que no se hallaban inermes, hizo fuego entonces; y aun no había cesado el estampido de la detonación, cuando se vió caer al salvaje, soltando el arco. Quedó de rodillas unos instantes; despues cayó fuera del escollo y desapareció entre las olas.

En aquel mismo momento el Sol se ocultaba por el mar, y una densa oscuridad reinó en la isla y en el vasto golfo de Bengala.

—¡Despachado!—exclamó Schapal mientras los salvajes que aguardaban en la playa

huían en todas direcciones, aullando como una bandada de patos asustados.—¡Buen tiro, á fe mía!

—Estoy muy satisfecho; ¡aun soy un buen tirador! Veremos ahora qué hacen los salvajes: las armas de fuego producen siempre gran impresión en estos pueblos primitivos. ¿Y la marea?

—Sigue subiendo, patrón.

Alí se levantó y miró el escollo: el agua había cubierto ya gran parte de la peña, y la espuma de las olas principiaba á salpicar la plataforma. Hasta Pandú se asustó y ladraba incesantemente.

—¿Qué hacemos?—dijo Schapal.

Alí-Middel meneó la cabeza sin responder una palabra: así estuvo algunos minutos, y al cabo respondió al indio:

—Por aquí hay hojas secas, dispersas por la plataforma; recógelas y haz una hoguera: así veremos si se aproximan los andamanes.

Mientras Schapal se apresuraba á obedecer, el capitán se acercó á la orilla y escudriñó la costa. En la orilla no se veía á nadie.

Acaso, después de la muerte de su com-

pañero habían renunciado al asalto, ó tal vez intentaran atacarlos por el mar. Allí, lleno de inquietud é incertidumbre, se acercó á Schapal, que entretanto había recogido las ramas y hojas que el ardiente calor del Sol había desecado durante la jornada.

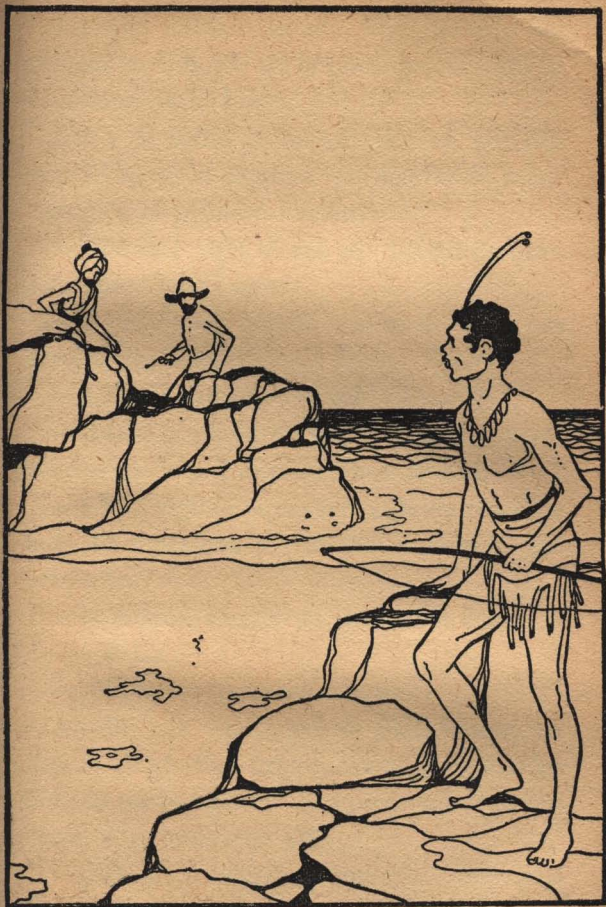
Con el eslabón encendieron fuego; luego se sentaron junto á la hoguera y vaciaron los bolsillos, que llevaban llenos de fruta. Se pusieron á cenar en silencio, y Pandú, al borde de la plataforma ladraba sin cesar á las olas, que rugían en la oscuridad de la noche.

En la costa no se distinguía á nadie; además, el cielo estaba cubierto de una espesa niebla, y la luz de la luna no podía alumbrar la selva.

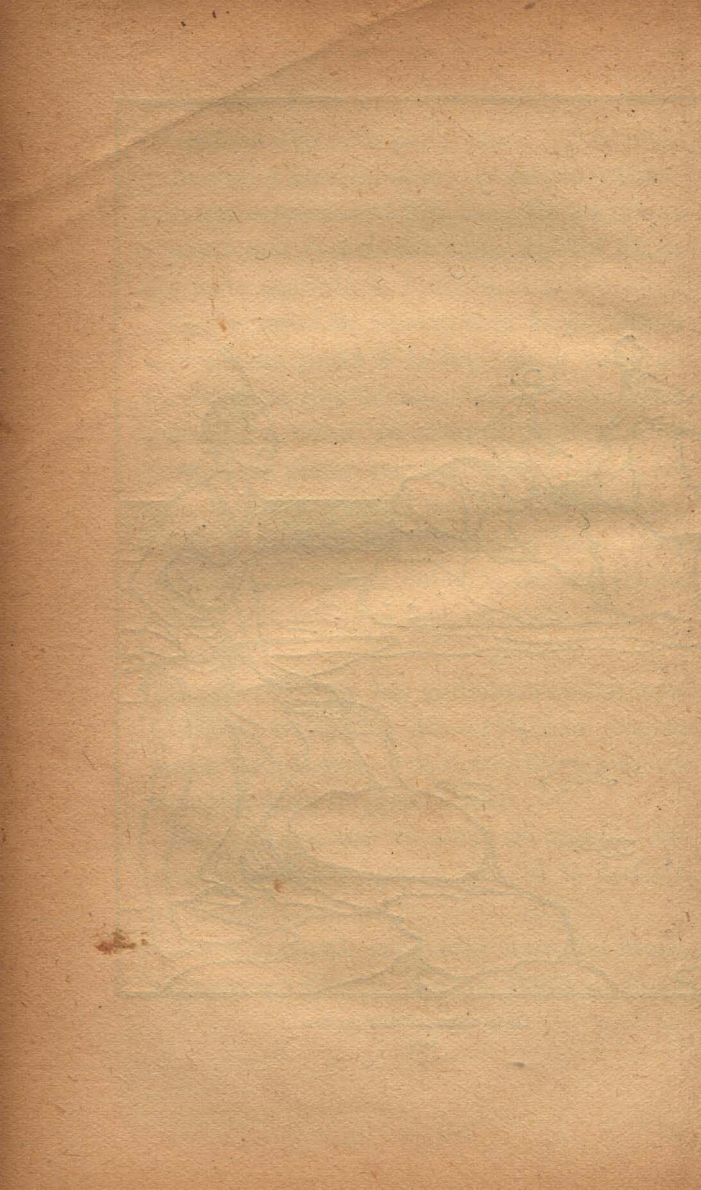
—¿Qué harán los andamanes?—se preguntaba intrigado Allí.—¿Habrán cogido miedo de nosotros, ó se aprovecharán de las tinieblas para sorprendernos?

Por el momento no debía de amenazarles ningún peligro, pues Pandú se lo hubiera advertido á tiempo.

Allí y Schapal, tumbados cerca del fuego, aguardaban silenciosamente. Hacía ya varias



En la mano sostenía un arco



horas que habían cenado, cuando una ola rompió en el borde de la plataforma y apago bruscamente el fuego.

Alí y el indio se levantaron en seguida sacudiéndose la espuma que los había manchado, y el primero exclamó:

—¡Ya está aquí la marea: dentro de poco estaremos en el agua!

—Dejemos el escollo antes de que nos arrojen las olas.

—¿Y adónde quieres ir?

—Hasta la playa no hay más que cuatrocientos metros, y la resaca nos llevará.

—¿Y si vigilan la costa? ¿Quién nos dice que los andamanes han renunciado á sus proyectos?

—Hubieran venido ya en alguna balsa.

—¿Y las lijas?

—¡No encontraremos ninguna!

Alí dió una vuelta por la plataforma: las olas la combatían impetuosamente, barriéndola de parte á parte. Era preferible aventurarse, á permanecer allí.

—¡Sí!—dijo Alí.—¡Vámonos, Schapal! Espera que me ate las pistolas y las municio-

nes á la cabeza, porque si no, nos encontraremos indefensos.

Pandú se puso á ladrar mirando hacia al costa.

—El perro nos indica un peligro.

—¿Qué, vienen ya los andamanes?

El capitán de la *Djunna* contempló el espacio que mediaba entre la playa y el escollo, y creyó distinguir una sombra que avanzaba por el mar.

—¿Será una balsa?—se preguntó; y rápidamente se ató las pistolas y la bolsa de las municiones, asegurándoselas bien á la cabeza con su faja de lana encarnada, cubriéndose con el sombrero de anchas alas, luego dijo á Schapal:

—¡Al agua!

IV

LA PERSECUCIÓN

Un minuto después el capitán, Schapal y Pandú se hallaban entre las olas. Los dos primeros no eran grandes nadadores; pero no les asustaba aquella distancia de cuatrocientos metros. Para no fatigarse se dejaban llevar por las aguas y se limitaban á mantenerse á flote, seguros de que así llegarían á la costa, gracias á la marea.

El perro, que era un nadador infatigable, se mantenía junto á su dueño, el cual, como iba vestido del todo, se cansaba más que el indio, que casi no llevaba ropa y que estaba descalzo. Se hallaban ya sobre los bajos fondos y los escollos, y corrían peligro de tropezar con ellos y romperse una pierna. Más de una vez tropezaron, pero sin sufrir el menor daño.

En los momentos de calma miraban en torno suyo, con objeto de observar la masa oscura que los indios habían lanzado al agua;

pero no conseguían su propósito porque la espuma los envolvía y los cegaba.

Así avanzaron algunos centenares de metros, cuando descubrieron á pocos pasos de ellos la deseada playa.

—¡Schapal!—dijo Alí con voz afanosa,—en cuanto la ola nos empuje, levántate y huye en seguida, si no quieres que el mar te recoja otra vez!

—¡Sí, patrón!—repuso el indio.

La ola llegaba imponente, altísima, con la cresta coronada de blanca espuma, y los levantó en vilo, empujándolos hacia adelante con increíble velocidad.

Alí se dejó llevar hasta que el agua le puso sobre la arena de la playa, é inmediatamente, antes de que sobreviniese la segunda ola y le arrastrara mar adentro, se puso en pie y huyó hacia la selva. Cuando se consideró seguro volvió la cabeza, y vió sorprendido que Schapal y Pandú habían desaparecido.

—¿Habrán sido arrastrados por las olas?—se preguntó sobresaltado, corriendo á la playa con la esperanza de hallar á lo menos los

cadáveres de sus dos acompañantes; pero no encontró nada de lo que buscaba.

Fué á llamar, pero se detuvo; los andamanes podían estar cerca, y no era prudente delatarles su presencia. En aquel momento creyó oír entre las olas el rumor de un ladrido prolongado.

—¡Es Pandú!—exclamó.—No se ha separado de Schapal; y procurará conducirle hasta aquí.

Desató la faja de lana, miró si las pistolas se habían mojado, y satisfecho del examen, las guardó, dirigiéndose á escape hacia el Sur. Seguía la orilla del mar, alejándose del punto que los andamanes habian ocupado durante el día, siendo imposible que los vigías le hubieran visto salir á tierra. Pero ¿por qué había oído el ladrido en aquella, dirección? Acaso existía allí alguna corriente y ésta empujaba á Schapal.

A los pocos minutos oyó un nuevo ladrido, y después otro más cercano; no cabía duda, el indio y el perro procuraban ganar tierra por el Sur. Allí echó á correr velozmente, ya acercándose á la orilla cuando el agua

se retiraba, ya apartándose de ella cuando volvían las olas. Los ladridos seguían oyéndose; pero no la voz de Schapal.

El capitán continuó su marcha, y de pronto oyó delante de él un nuevo ladrido más fuerte que los anteriores: no provenía del mar; había salido de detrás de una duna de arena.

—Pandú ha llegado á tierra!—exclamó el capitán.—Espero que no esté solo.

En pocos minutos recorrió la distancia que le separaba de la duna. No se había equivocado. Pandú estaba detrás, y arrastraba por la arena un cuerpo humano que parecía sin vida. Al ver á su amo, el pobre animal ladró tristemente, y dejando su carga comenzó á hacerle fiestas.

—¡Sí; aquí estoy dispuesto á ayudarte! ¡Veamos si vive aún el pobre Schapal!

El indio yacía sobre la arena como un cuerpo inerte. Allí le desembarazó de las hierbas marinas que le envolvían y le cogió en brazos, llevándole á una segunda duna más distante de la orilla. Le puso una mano sobre el corazón, y observó que latía.

—¡Bah—dijo,—sólo está desvanecido, y los indios tienen la piel muy dura!

Bajo la mano notó algo viscoso y cálido: la retiró, y se vió los dedos llenos de sangre. Sólo entonces cayó en la cuenta de que el indio tenía una herida en la frente, de la cual manaba sangre en abundancia.

La herida que Garrovi le hiciera se había abierto por efecto de algún encontronazo con las peñas.

Se arrancó una de las mangas de la camisa y le vendó la frente; después volvió á coger en brazos al indio, y le condujo á la selva, depositándole debajo de un plátano cuyas gigantescas hojas eran suficientes para resguardarle. Se puso á darle friegas, hasta que un hondo suspiro le advirtió que Schapal volvía en sí.

—¿Dónde estoy?—preguntó—¿En el fondo del mar?

—Da las gracias á Pandú por haberte traído aquí: sin este valiente animal, á estas horas estarías haciendo compañía á los peces.

—¡Pandú!—exclamó Schapal acariciando al perro.—¡Ah..., sí..., recuerdo... me cogió

por el cuello cuando estaba á punto de hundirme! ¡Te debo la vida...!

—¿Cómo no tomaste tierra cuando yo?

—No tuve tiempo de llegar á la playa; la ola siguiente llegó con ruido y velocidad inauditos. Nadé por la arena con la cabeza baja y las piernas por alto, y luego me sumergí. Cuando salí á flote, Pandú estaba á mi lado: me había cogido por el cuello de la camisa y me sujetaba con los dientes. No sé lo que sucedió después: una rápida corriente que bajaba hacia el Sur nos empujaba á pesar de nuestros esfuerzos. No recuerdo cuánto tiempo hemos estado luchando con el mar... Por fin, extenuado, me dejé caer, y aquí estoy...

—Te trajo Pandú.

—Sí; él ha sido. ¿Y los andamanes?

—No he vuelto á verlos.

—¿No nos habrán visto llegar á la orilla?

—No lo creo.

—¿Se habrán embarcado todos en la palsa?

—Puede. Pero no creas que estoy muy tranquilo. ¡Mira á Pandú!

Desde hacía unos instantes el perro parecía hallarse muy agitado; se puso en pie y escuchaba con las orejas gachas y el hocico á ras del suelo.

—¿No querrán dejarnos tranquilos esos bribones?—dijo Alí empuñando una pistola.

Hizo señas á Schapal para que no se moviera, y él avanzó hacia la playa manteniéndose al amparo de la sombra proyectada por los árboles. Escudriñaba atentamente el horizonte, y á poco le pareció que una sombra humana se deslizaba por los linderos del bosque y desaparecía detrás de un árbol corpulento.

El capitán, que era muy valiente y confiaba en el auxilio de Pandú, al ver la sombra avanzó hacia el árbol, seguido por el perro, y reconoció todas las plantas de aquel lugar; pero no halló á nadie: el salvaje, al verse descubierto, habría buscado refugio en cualquier otro arbusto.

No queriendo el capitán internarse en la selva por temor á una emboscada, se disponía á regresar á la playa, cuando oyó un silbido. Apenas tuvo tiempo para dar un

paso atrás, una lanza se clavó en el tronco del árbol que acababa de abandonar.

Antes de que Alí tuviese tiempo de contenerle, Pandú se perdió en el bosque; oyóse un grito agudísimo, y luego el rumor de la lucha que el perro sostenía con el salvaje.

—¡Aquí, Pandú!—gritó Alí.

Al aullido del salvaje siguió un chillido ensordecedor. Los andamanes, advertidos de la fuga de los extranjeros, acudían vociferando. El capitán se precipitó hacia el barranco donde quedó Schapal.

—¡Huyamos pronto!—le gritó.—¡Están ahí!

Y sin preocuparse del perro se lanzaron en la tenebrosa selva, corrieron á la desesperada y sin saber adónde iban. Cuando extenuados se decidieron á hacer alto, ya no se oía nada. Se hallaban en medio de un grupo de plantas que chorreaban humedad, y donde ni una fiera se hubiera refugiado.

—¡Esperemos aquí; estoy reventado, y ya no nos siguen!

—Y, además, estamos cerca de Pandú.

—No temas: pronto ó tarde nos encontrará.

—¿Cómo tarda tanto?

—Habrá querido rematar á aquel salvaje que estuvo á punto de sorprendernos.

—¡Son el diablo esos bandidos! Creíamos que aun andarían alrededor de la peña, y casi nos prenden en el bosque. ¿Qué querían hacer con nosotros?

—No sé; pero deben tener necesidad de esclavos ó... de chuletas humanas.

—¡Calla!

—¡Ah! ¡Aún no te he contado la historia del *Orwell*!

—Entre los salvajes y la marea no nos dejaron. ¡Chis! ¿Oyes ese ruido?

—¿Los salvajes otra vez?

—No: oye.

Comenzaba á clarear, y un rayo de luz se difundía por entre el follaje dejando ver el tronco de los árboles.

En medio de un grupo de colosales tamarindos se había oído un inesperado clamoreo acompañado de roncoss maullidos.

Alí y Schapal se miraban con ansiedad.

—¿Serán fieras que riñen?

—Yo he oído esos aullidos muchas veces—dijo el indio.—Son rinocerontes.

—¡Mala vecindad!

—También reconozco esos maullidos.

—¿Tigres?

—No; panteras.

—¡Tan peligrosas son como los otros!

Los aullidos continuaban, y tan agudos, que no era fácil reproducir su tonalidad estridente, furiosa y metálica. Se oían mugidos, ya graves, ya agudos, y silbidos que parecían delatar la presencia de una legión de colosales serpientes. Impelido por una viva curiosidad salió Alí de su escondite, á pesar de que Schapal le aconsejó que no se exhibiera, para no excitar la cólera del monstruo. Pero el follaje era tan espeso que no se veía nada; no cabía duda de que entre los tamarindos se estaba librando un furioso combate. Las ramas oscilaban como si en una pesada mesa golpeasen los troncos.

—¡Deja que el rinoceronte se las componga como pueda, y dispongámonos á trepar á cualquier árbol!—dijo Schapal.—No te

servirán de nada las pistolas contra ese coloso.

—Tienes razón: no conviene aguardarle aquí. Además hay panteras también.

Se agacharon entre las plantas, y á poco oyeron un galope desenfrenado y pesadísimo. Los árboles se plegaban y caían al suelo, y las frutas llovían por todas partes.

Poco después vieron salir un colosal rinoceronte todo lleno de barro, que llevaba encima dos preciosos animales de piel manchada; dos panteras.

Las fieras, hambrientas seguramente, habían atacado al coloso y le mordían con rabia, procurando desgarrarle la piel, la cual es tan gruesa, que muchas veces desvía las balas de los mejores cazadores.

Ya le habían cortado las orejas y mutilado el carnosio labio: los ojos también habían desaparecido entre las garras de aquellas fieras. El pobre rinoceronte, impotente para desembarazarse de sus adversarios, loco de dolor, corría á todo correr tropezando en los árboles y clamando de modo tan espantoso, que temblaba toda la floresta.

De pronto se detuvo, giró sobre sí mismo, se levantó sobre las patas traseras, y se dejó caer de espaldas: una de las panteras, dando un salto vertiginoso, se echó fuera desapareció entre el césped; pero la otra, que no pudo separar las uñas de la piel del bruto, cayó debajo de aquella pesadísima masa y murió ahogada. El rinoceronte se levantó en seguida, y dando un grito estridente, grito de victoria y sintiendo entre sus patas la pantera muerta, la embistió con rabia, destripándola y desgarrándola por completo.

Sin embargo, su victoria era aun peor que la de Pirro. Tenía el lomo desgarrado; el cuello, arañado; la piel le caía á pedazos, y una lluvia de sangre le inundaba: se paró, y principió á roncar afanosamente.

—Está muy grave—dijo Alí, que se hallaba prudentemente escondido detrás de un árbol.—¡Cómo le han dejado las panteras! ¿Qué te parece, Schapal?

—Que esa bestia sólo tiene diez minutos de vida.

—¿Es buena la carne de rinoceronte?

—Se deja comer; sobre todo cuando el animal es gordo, y éste lo es.

—¡No nos vendría mal ahora un asado! Esperemos á que exhale el último suspiro. ¡Eh! ¡Pandú!

Cerca de donde estaban se había oído el ladrar de un perro, y á poco le vieron llegar; venía desenfrenado con el hocico lleno de sangre.

—¡Ah! ¡Qué animal más valiente! ¡Cuánto le deberemos si salimos bien de esta maldita isla!

Pandú se detuvo al ver al rinoceronte, y pensando que iba á acometer á su amo se dirigió hacia el animal, mordiéndole las patas delanteras. El pobre coloso tenía otra cosa en qué pensar; respiraba penosamente con la cabeza casi apoyada en el suelo y arrojando sangre por la boca. No sentía ya y permanecía insensible á los mordiscos del perro.

—¡Aquí, Pandú! ¡Déjale morir en paz!

El perro se apartó del animal, y á poco de la garganta del moribundo salió un rugido extraño; levantó la cabeza como buscando

aire para la respiración, y luego se dejó caer sobre el vientre.

—¡Ya es nuestro!—dijo Schapal cogiendo el hacha.

—¡Cuidado!—dijo Alí, deteniéndole.—
¡No nos olvidemos de la otra pantera!

—Viéndonos no saldrá. Pocas veces acometen al hombre en lugar descubierto: sólo atacan á traición en sitio donde puedan esconderse.

—Entonces, vamos.

El rinoceronte era de los más grandes que Alí había visto en su vida: tenía casi la talla de un elefante de mediana estatura, quitando las patas, que en los rinocerontes son mucho más bajas, aunque no menos robustas.

Estos animales, los más violentos y brutales de cuantos existen en el globo, tienen una piel que parece una coraza, más resistente que la de los elefantes, y sólo penetrable por las modernas armas de fuego. Sin embargo, las panteras le habían causado una infinidad de desgarraduras.

La cabeza, que es de forma casi triangular, y provista junto á la nariz de un cuerno

de marfil, como de un metro de largo, había sido horrendamente mutilada por las pante-
ras; las orejas habían desaparecido.

—¡Mucho te va á costar despellejar esta bestia!—dijo Alí.

—Cortaré por las ancas —repuso el indio:—la piel es ahí menos resistente.

Tras seis ó siete hachazos el indio consiguió separar un trozo de carne de varios kilogramos de peso, y que podía bastarles para un par de días.

—Ahora, encendamos fuego—dijo el capitán.—¡Tengo tanta hambre como las pante-
teras!

—¿Y los salvajes?

—Deben de haber perdido nuestra pista; hasta que Pandú no nos avise, no hay peligro.

Ayudado por el indio plantó en el suelo dos ramas, y cortó otra, en la cual atravesó la carne, luego encendió hojas secas arrojando leña encima.

Mientras tanto Pandú roncaba sobre la hierba. Viéndole tranquilo, los náufragos pensaron, con razón, que los andamanes habían renunciado á perseguirlos.

Cuando Alí y Schapal creyeron que la carne estaría bastante asada, la apartaron del fuego y la depositaron en una hoja de plátano que á la vez les servía de mesa y de plato, y se pusieron á comer con un apetito envidiable, sin olvidar á Pandú. Ya habían acabado, cuando cerca de ellos se oyó un ronco zumbido.

—¿Qué pasa?—dijo Alí, deteniendo al perro.

—La pantera que reclama su parte. Tiene razón: le hemos quitado su presa.

—¡Dale de comer!

—Iba á proponerlo, pues cuando están hartas estas fieras dejan en paz á los hombres. Cogió el hacha, partió un pedazo de carne y arrojándolo hacia el punto donde rugía la pantera, cada vez más amenazadoramente, exclamó:

—¡Toma y vete!

La pantera se lanzó sobre la carne: cogerla y desaparecer, fué todo uno.

—Y ahora, querido Schapal—dijo el capitán de la *Djumna*,—ya que no nos amenaza nadie, vamos á descabezar el sueño. Pandú vigilará, y podemos fiarnos de él.

V

LA RETIRADA DE LOS SALVAJE

Escogieron un frondoso árbol cuyas ramas caían hacia el suelo, y que se hallaba á bastante distancia del punto donde yacía el rinoceronte; se prepararon un cómodo y fresco lecho con hojas de plátano, y, confiando en la vigilancia del perro, se abandonaron plácidamente en brazos de Morfeo.

Pero su mala estrella había, sin duda, decretado que aquellos infelices no tuvieran un momento de reposo. Apenas comenzaron á roncar, cuando los despertaron en primer término los ladridos de Pandú, y en segundo lugar, un espantoso concierto que hubiera amedrentado al más valiente.

—¡No se puede descansar en esta maldita isla!—gritó Alí poniéndose en pie.

—Son los chacales que acuden de todas partes para saciarse con el pobre rinoceronte. Son preferibles á los salvajes.

—¡Pero no nos dejarán dormir!

—Pronto acabarán. Deben de ser doscientos ó trescientos, y se darán mucha prisa. Tápatelo los oídos y haz como que no los oyes.

Imposible no oírlos: ni un sordo hubiera sido capaz de dormir con aquel ruido de mil demonios. Una hora duró aquel suplicio y sólo entonces pudo Alí conciliar el sueño. Media hora después Pandú volvió á ladrar. Alí se levanto furioso.

—¿Los chacales otra vez?

—No; no se oye nada.

—Pandú no ladrará por gusto.

—¿Será la pantera?

—¿No habrá tenido bastante con lo que le dimos?

—Afortunadamente, el Sol está alto, y podremos distinguirla.

—¿Y si fuesen los salvajes?

—¡Vámonos, vámonos de aquí! ¡Me parece que no he de dormir ni un solo minuto!

—Ni yo. ¿Sabes, patrón, lo que me hace suponer que son hombres los que se acercan?

—El silencio repentino de Pandú.

—Sí. ¡Ah! ¡Calla! ¡Ya no podemos dejar este escondite! Pandú, que se había aleja-

do, volvió á su amo con las orejas gachas y el rabo entre piernas. Dos hombres casi desnudos y tan delgados que podían contárseles las costillas avanzaban agachados por entre las matas: uno iba armado de una lanza con la punta terminada en una espina de pescado, y el otro llevaba un arco de grandes dimensiones.

—¡Ellos otra vez!—balbuceó el capitán montando las pistolas.—¿Qué querrán estos hombres, á quienes no hemos molestado en lo más mínimo? Los salvajes debían de seguir una pista. Se detuvieron junto al fuego que los náufragos habían encendido y removieron las cenizas: después se dirigieron al sitio donde estaba el esqueleto del rinoceronte.

—¿Vendrán aquí? Si estuvieran solos, no dudaría en hacer fuego contra ellos.

—No; sus compañeros deben de estar cerca. Los salvajes dieron varias vueltas en torno del esqueleto, preguntándose seguramente quién había podido matar un animal tan enorme: luego se alejaron por entre el bosque hacia el Septentrión. Viéndoles

desaparecer, Allí dió un suspiro de satisfacción.

—Mientras ellos van hacia allí, ganaremos nosotros la playa y les volveremos la espalda. Esperemos á que pasen los demás.

Un cuarto de hora después apareció un pequeño grupo; que, confiado en los exploradores que le precedían, marchaba descuidadamente siguiendo las huellas de los otros.

Cuatro, escogidos de entre los más robustos, llevaban en hombros un envoltorio fuertemente ligado y rodeado con hojas de plátano: el bulto tenía la forma de un cuerpo humano.

—¿Qué llevarán ahí?

—Apostaría cualquier cosa á que es el cadáver del jefe muerto por mí. No habrán querido dejarlo á los peces, y lo colgarán en algún árbol de su poblado. Los salvajes, que caminaban muy aprisa, desaparecieron en el bosque.

—¿Podremos dormir ahora?

—Creo que sí.

—Echémonos, y cuando nos despertemos volveremos á la costa. Sólo del mar podemos esperar nuestra salvación.

Se acurrucaron junto á un árbol, y estuvieron durmiendo hasta las dos de la tarde.

—Ahora, en busca del mar—dijo Alí cuando se levantó,—y durante el camino buscaremos la cena. Aun no se habían puesto en marcha, cuando á mano derecha oyeron chillidos estridentes.

—Es la cena que nos sale al encuentro: nuestra mala estrella se ha cansado de perseguirnos.

—Deben de ser pavos.

Se internaron con precaución, deteniendo á Pandú para que no espantara á los volátiles. Los chillidos se oían cada vez más cerca; los náufragos apartaban con suavidad las ramas, y así llegaron hasta un claro donde se hallaban reunidos trescientos ó cuatrocientos pavos reales. Estos soberbios volátiles corrían en torno de las hembras haciendo la rueda, esponjando las anchas plumas, en las cuales la púrpura y el oro se unían á los brillantes reflejos de las esmeraldas y de los zafiros, y agitaban el elegante rizo que adornaba sus cabezas.

Estas aves, que son originarias de la India

y de las islas de Bengala, viven en bandadas numerosísimas en medio de los bosques en estado salvaje: vuelan muy poco, y prefieren correr, siendo tan ágiles que muchas veces ganan á los perros. Sólo por la noche se refugian en los árboles, de los cuales descienden al amanecer para buscar semillas que se tragan enteras. Construyen sus nidos en tierra; pero en cuanto á sus hijuelos les salen las alas las madres se apresuran á llevarlos á los árboles para que aprendan á volar.

Alí sabía que los pavos tienen el oído torpe, pero que, en cambio, gozan de una vista excelente, y ordenó á Schapal que se detuviera con Pandú, ocultándose entre las matas. Cuando se consideró á distancia el capitán disparó ambas pistolas al mismo tiempo en el centro del grupo: dos pavos cayeron á tierra; los demás, asustados por la detonación, huyeron rápidamente, desapareciendo entre las ramas.

Alí iba á adelantarse para recoger la caza, cuando oyó á su derecha un ruido ensordecedor y espantoso: parecía que por el bos-

caje avanzaba un huracán. Las plantas caían derribadas al suelo; los arbolillos tiernos se inclinaban á un lado y á otro; la tierra temblaba como si pasara por allí un regimiento de caballería, y de vez en cuando se oían sordos mugidos. Pandú se lanzó en medio de la selva ladrando de coraje. Schapal gritaba:

—¡Huye! ¡Vamos á morir despedazados!

Aun cuando Alí ignoraba el peligro que en aquel momento los amenazaba, comprendiendo por el acento con que pronunció las anteriores palabras que el caso era grave, abandonó los pavos y volvió adonde el indio estaba. Un árbol alto, de tronco no muy grueso, había donde Schapal aguardaba.

—¡Pronto, sube, patrón!—dijo el indio al marinero.

Alí se abrazó al tronco, y principió á trepar con la agilidad de un mono: el malabar le seguía; y aunque el árbol era alto, en dos segundos llegaron á la copa. Casi en el mismo instante apareció una inmensa muchedumbre de animales de pavoroso aspecto,

y enorme talla: eran unos trescientos *jungli-kudgias* ó *bhainsas*, búfalos formidables más temibles que los tigres, pues no se detienen por nada ni ante nada.

Los búfalos viven en estado salvaje en medio de los grandes bosques, y se parecen más á los bisontes de la América del Norte que á los toros comunes. Son de formas sólidas; tienen cinco piés y medio de estatura; el cuello, gordo y corto; una joroba muy pronunciada que se extiende, como en los bisontes, hasta medio cuerpo; la cabeza, corta y cuadrada con unos cuernos formidables retorcidos hacia dentro, y que luego se levantan en punta. Asustados por los tiros de Ali-Middel, habían echado á correr temiendo ser atacados de pronto. Como no tienen muy buena vista, pasaron debajo del árbol donde se hallaban los fugitivos sin advertir su presencia; pero como tienen un olfato tan fino, no tardaron en encontrar á sus enemigos.

En efecto; los náufragos vieron que los búfalos se detenían, daban la vuelta y se paraban á corta distancia del árbol: su cóle-

ra había cesado, pues miraban á los dos hombres con más curiosidad que odio. Comenzaron á dar vueltas y vueltas en torno de la planta, levantando los sonrosados hocicos y olfateando sospechosamente á aquellos dos seres que permanecían acurrucados entre las ramas; luego se pusieron á pacer tranquilamente, mientras los demás se tendían á la sombra rumiando.

—¡Estamos presos!—dijo Alí.

—Y acaso por mucho tiempo; porque son muy calmosos estos *bhainsas*.

—¿Querrán sitiarnos?

—Seguramente.

—¡Demonio! ¡Y no tenemos que llevarnos á la boca...! ¡Ni agua! ¿Y si probara espantarlos con un tiro?

—No; si se enfurecen, son capaces de derribar el árbol. ¡Dejémoslos en paz!

—Pero si se prolonga el sitio, no podremos sufrir la sed.

—Nuestra buena estrella nos ha traído á esta planta preciosa, que nos dará de comer y de beber. ¡Vaya! ¡Vas á beberte un buen vaso de vino!

VI

EL ATAQUE DE LOS
BHAINSAS

La promesa de Schapal podía parecer extraordinaria, inverosímil, en aquel momento, y en la copa de aquel árbol; sin embargo, el malabar no tardó en cumplir su ofrecimiento.

El árbol donde se habían refugiado era un *borasso* con hojas en forma de abanico, planta muy común en aquellos climas, y una de las más útiles y de las más raras.

Tenía unos quince metros de altura, tronco esbelto que adelgazaba en la parte superior, cubierto de abundantes hojas, dispuestas en forma de abanico, de metro y medio de largas, y anchas como un quitasol.

Se hallaba cargado de frutas tan grandes como la cabeza de un niño de tres años, frutas redondas y de corteza amarillenta. El malabar sacó su cuchillo de maniobras que llevaba en la faja, se encaramó en una rama,

cortó una hoja é hizo con ella un vaso de forma cónica; luego practicó una incisión en uno de los tallos más tiernos y colocó debajo del corte el vaso que había fabricado sujetándole al tallo con algunos filamentos vegetales.

Hecho esto, arrolló otras hojas, practicó otras incisiones y aguardó.

Poco después de los cortes practicados por el malabar comenzaba á gotear un líquido que despedía un ligero olor á alcohol.

—Bebe—dijo el malabar cuando se hubo llenado uno de aquéllos vasos.

Alí probó el líquido y luego se lo bebió ávidamente; era dulce, algo picante y sabía á vino.

—Es riquísimo—exclamó.—Yo había bebido algo parecido; el *toddi*.

—Sí, pero esto es mejor, bebe más; las ramas seguirán proporcionándonos vino durante mucho tiempo. Si lo dejásemos fermentar, cuando lo bebiéramos nos emborracharíamos, pero lo beberemos antes; también se puede sacar azúcar de este líquido, pero para ello necesitábamos un recipiente

con cal para impedir su fermentación y fuego para que se condensase.

—Pero por el momento no poseemos eso ni podemos encender fuego.

—Es verdad. Aguarda.

Schupal tomó uno de aquellos frutos, lo abrió con el cuchillo y extrajo dos huevos blancos como los de los ánades.

—Cómete uno—le dijo al capitán.

Alí probó uno y lo encontró muy bueno; sabía como nuestras almendras.

—Este árbol es una providencia; durante dos ó tres días podríamos permanecer aquí á despecho de nuestros sitiadores.

Cogieron más fruta, y una vez que hubieron hecho una buena provisión y retiraron los vasos llenos de savia, se acomodaron como mejor pudieron y se pusieron á comer sin preocuparse de los búfalos.

Éstos, por su parte, parecían haber renunciado á toda idea de ataque; unos, tumados á la sombra de los árboles rumiaban pacíficamente, otros pacían en torno del árbol sin perder de vista á los prisioneros.

De vez en cuando un búfalo se acercaba

al tronco, miraba á los refugiados con sus ojos inyectados de sangre, y golpeaba el árbol con su cornamenta, como queriendo convencerse de su firmeza.

De pronto esta calma se vió turbada bruscamente por culpa de *Pandu*; el perro, que hasta entonces había permanecido oculto y callado, viendo que el cerco se prolongaba, salió de su escondite y se arrojó sobre el búfalo más próximo, mordiéndole una oreja.

El bruto, al sentir herida aquella parte tan delicada comenzó á rugir, dando brincos endiablados; pero el perro cada vez apretaba con más fuerza, animado por las voces que le daban sus amos, los cuales suspendieron la comida.

Los otros búfalos, viendo á su compañero en peligro, acudieron en su ayuda, y el perro, comprendiendo que iba á ser arrollado, abandonó á su adversario, pero no dejó el campo; con una agilidad sorprendente saltaba ya sobre éste, ya sobre aquél; al uno le mordía en las patas, al otro en las orejas, sin dejar de ladrar ni dejarse sorprender.

—¡Bravo, Pandú! ¡Muerde fuerte!

—¡Muérdeles en las orejas!

Los búfalos, enfurecidos por aquellos mordiscos, galopaban á la desesperada, derribando plantas, aplastando las hierbas, mugiendo y dando cornadas en todas direcciones.

Alí, temiendo que á su perro le ocurriese algo, creyó llegado el momento de hacer uso de sus armas, y disparó contra un búfalo, que pasaba al galope bajo el árbol.

El *bhainsa*, al sentirse herido, se empinó como un caballo instigado por las espuelas, y comprendiendo que el proyectil debía haber partido del árbol, se dejó ir contra el tronco, con tal violencia, que le hizo oscilar bruscamente.

Schupal tuvo tiempo de trepar á las ramas más resistentes; pero Alí, que aun tenía las pistolas en las manos, perdió el equilibrio y cayó á tierra.

Los búfalos, al ver precipitarse aquel cuerpo, se dirigieron en actitud amenazadora adonde estaba; pero Alí, aunque aturdido por la caída, se puso en pie, y al ver aquellos animales que se le venían encima, echó á correr á través de la floresta.

Pero no podía competir con unos animales que corrían como los caballos.

Uno de los más ágiles le alcanzó y le arrojó á lo alto con una violencia inaudita.

Schapal, pálido, aterrorizado, impotente, vió al capitán dar dos ó tres vueltas en el vacío y caer en la bifurcación de un gran árbol y quedar aprisionado entre las hojas y las ramas.

—¿Estás herido?—preguntó Schapal.

Alí no dió señales de vida; yacía inerte, con los brazos colgando. Los búfalos saltaban como endemoniados, queriendo alcanzar la rama donde estaba el herido, aunque sin conseguirlo; el perro seguía azuzándolos, y algunos comenzaron á perseguir á Pandú, alejándose de los árboles donde se hallaban los náufragos de la *Djumna*; los demás, viendo que algunos se apartaban, fueron tras ellos. Después, cansados de los mordiscos y de los saltos del perro, se desbandaron al galope, corriendo hacia el interior de la isla.

Por fin cesó todo peligro, y Schapal pudo bajar á tierra y acercarse á Alí.

—¡Ya han huído!—le gritó.—Baja, que ya no corremos peligro...

No pudo terminar; una gota de sangre le cayó en la cara.

—¡Gran Siva! ¡Le han matado!

Trepó arriba, y se halló en breve junto á su compañero. Allí, palido, con los ojos entreabiertos, colgaba inerte como si estuviera muerto. Su americana blanca se hallaba manchada de sangre, la cual manaba de una herida, producida, sin duda, por el cuerno del búfalo.

Schapal le puso una mano sobre el corazón, y notó que aun latía.

—Confiemos; Allí es muy robusto.

Schapal cogió á Allí en brazos y le separó de todas las ramas que le tenían aprisionado; después, sirviéndose de su faja, larga y resistente, hizo descender el cuerpo hasta el suelo, depositándolo sobre el césped.

Luego saltó á tierra, despojó á Allí de sus vestiduras y le examinó la herida; el infeliz había recibido una cornada bajo la sexta costilla; el cuerno le había penetrado algunos centímetros, pero sin causar grandes males.

La séptima costilla había sido brutalmente destrozada, y Alí se debió desvanecer á causa del dolor.

—La cura será larga, pero no hay peligro; creía que sería más grave.

Cerca de donde se hallaba, distinguió un estanque; cortó un trozo de su *dugbah*, y fué á empaparle en agua, y le lavó cuidadosamente la herida, juntando después la costilla rota.

Luego le vendó el pecho para detener la hemorragia, que podía tener gravísimas consecuencias.

—Ahora construyamos un refugio, pues á la costa no se le puede conducir más que con unas angarillas.

Iba á levantarse cuando Alí abrió los ojos, gimiendo blandamente.

—Scha... paal...—murmuró.

—Aquí estoy.

—¿Qué ha pasado? ¡Siento un fuerte dolor en el costado derecho!

—De una cornada que te ha dado un búfalo.

—¡El búfalo! ¡Ah...! ¡Ya recuerdo...!
¿Se han ido?



Alí no dió señales de vida; yacía inerte con los brazos colgando

—Sí, Pandú les ha obligado á internarse.

—¡Pandú! ¿Vive? ¡Déjame que le vea!

—Andará persiguiendo á los búfalos para que no vuelvan.

—¿Es de gravedad la herida?

—Tienes rota una costilla, y una herida profunda; pero te curarás.

—Pero no podré moverme en mucho tiempo.

—¿No estoy yo aquí?

—Pero tú solo no puedes llevarme hasta la costa, y yo no puedo tenerme en pie.

—Permaneceremos aquí. Construiré una guarida para que nos defienda de los animales y de la intemperie. Dentro de un mes reanudaremos la marcha...

—¡Un mes! ¡No podía haberme ocurrido mayor desgracia!

—Consuélate pensando que aun vivo yo.

—Es verdad.

—¡Vamos! Echate allí y reposa tranquilo, mientras yo te construyo una cabaña, después buscaré los pavos, y hierbas que cierran pronto tu herida.

—Antes busca las pistolas.

—Ya sé dónde están.

—¿Crees que volverán los *bhainsas*?

—No. Además estaremos bien resguardados, pues Schapal sabe hacer cabañas sólidas y resistentes. Duerme, que yo cuidaré de todo.

VII

LA NAVE INCENDIADA

Schapal se puso á trabajar con una celebridad extraordinaria y con aquella maña peculiar á los indios, especialmente á los malabares. Antes de que anocheciese construyó una cabaña con troncos de árbol, cubriéndola con un techo de grandes hojas y de ramas resistentes. Ayudado por Pandú, que regresó pronto, halló los dos pavos muertos por Alí, y recogió abundante fruta del *torasso*.

La primera noche que pasaron en la selva transcurrió tranquila: el indio estuvo velando la mayor parte de ella, no por miedo á que los atacaran los animales, sino para renovar los paños al capitán. Al día siguiente el malabar anduvo buscando algunas hierbas medicinales, y tuvo la suerte de hallar unas llamadas *lengua de serpiente*, cuyo jugo es muy utilizado por los esculapios indios. Alí experimentó un gran alivio con aquella

medicina, y al tercer día la herida comenzó á cicatrizar; pero la costilla fracturada exigía un reposo bastante largo y una inmovilidad de varias semanas. El malabar se multiplicaba para que no le faltase nada al capitán, y todos los días por la mañana se internaba en el bosque en busca de víveres; unas veces volvía con algún pavo ó alguna *saras*, uno de los volátiles mayores que se encuentran en aquellas islas: tienen plumas grises y relucientes como la seda, cabeza fina defendida por un pico corto y adornado de plumas rojas, cuello largo y derecho y patas altas y robustas. Estos animales son el emblema de la fidelidad conyugal; viven siempre juntos macho y hembra, y cuando uno de los dos muere, el otro no le abandona y gira en torno del cadáver lamentándose tristemente.

Otra vez Schapal descubrió varios árboles frutales, entre ellos uno cargado de nueces de coco, y algunos bananos de fruta deliciosa, llamados *musa sapientium* por los naturalistas porque durante cierto tiempo fué el alimento preferido por los sacerdotes

de Brahma. Allí nunca se había visto en tanta abundancia, y se aprovechaba de ella para recuperar las fuerzas perdidas. Así transcurrieron cuatro largas semanas sin que les sucediera el menor contratiempo; el herido principiaba á levantarse, y daba frecuentes paseos por las inmediaciones de la cabaña. Un suceso inesperado vino á inquietar nuevamente el ánimo de los náufragos. Schapal se había alejado en busca de frutas frescas, y Allí, custodiado por Pandú, se había sentado en un árbol caído. De pronto el capitán vió llegar al indio á escape, como si le persiguieran.

—¿Qué te pasa?

—Cerca de nosotros están los salvajes.

—¿Te siguen?

—No; pero no están muy lejos.

—¿Has descubierto sus pisadas?

—Sí.

—Pueden ser antiguas.

—No; el fuego estaba aún encendido.

—¡Demonio! ¡Cuenta, cuéntalo todo!

—Al pasar junto á un árbol muy grueso que tenía en el tronco una cavidad, me dió

en la cara un soplo de aire caliente. Miré dentro, y vi que estaba lleno de cenizas; las revolví con el bastón, y encontré debajo brasas que iban consumiéndose lentamente.

—¡Ya! Sería un horno de los salvajes.

—¡Un horno!

—Sí; para asar sus víveres los andamanes encienden fuego al pie de un árbol, y á medida que las llamas consumen la corteza van sacando los carbones, hasta que se forma una cavidad que luego les sirve de horno.

—¿Y cómo prenden fuego á los árboles?

—Frotando dos trozos de leña bien seca, operación que requiere cierta habilidad y mucha paciencia.

—¿De modo que el horno que he descubierto puede haber sido utilizado hace muchos días?

—Tal vez. Sin embargo, estaremos alerta para que no nos sorprendan, y en cuanto yo pueda andar nos iremos á la costa: ya estoy curado, y espero que dentro de algunos días respiremos el aire del mar.

Aunque casi tenían la seguridad de no ser

descubiertos en aquel refugio, por la noche vigilaron por turno temiendo que Pandú con sus ladridos los delatara.

Al amanecer fué Schapal á reconocer los alrededores; pero volvió más que á prisa, pues el tiempo que hasta entonces había sido muy bueno, se disponía á cambiar.

Empezó á llover, y el agua caía á torrentes sobre el bosque; por el lado de la costa se oía rugir el mar, el cual no distaba de su escondite más que un par de kilómetros.

Schapal amontonó sobre el techo hojas y más hojas para evitar que la lluvia inundara la cabaña; luego reforzó las paredes, pues sobre la selva se había desencadenado un furioso vendaval. Durante los días consecutivos siguió lloviendo con violencia creciente, y la lluvia se presentaba acompañada de truenos formidables y de descargas eléctricas. Schapal tuvo que renunciar á sus correrías: afortunadamente, había matado un *nilgo*, y tenía carne en abundancia. Una noche fueron despertados bruscamente por los ladridos de Pandú, creyeron que iban á ser atacados, y se armaron con presteza.

El perro, con la cabeza vuelta hacia el mar, ladraba furiosamente y hacía esfuerzos desesperados por abrir la puerta.

—¿Qué habrá oído Pandú?

—¿Serán los salvajes?

—¡Abre, Schapal!

El malabar obedeció, y en cuanto Pandú se vió libre se lanzó en dirección á la costa ladrando con más fuerza cada vez.

La noche era tempestuosa y llovía á mares; los relámpagos alumbraban de cuando en cuando las tinieblas. Allí y Schapal miraron por entre el follaje; pero no vieron nada; prestaron atención y no oyeron más que el ruido del agua y el fragor de los truenos.

—Algo debe de ocurrir en la costa; sino Pandú no nos hubiera abandonado.

—¿Habrá encallado algún barco en las escolleras?

—Es posible: con este huracán...

—¡Voy á ver!

—¿No tienes miedo?

—Se trata de nuestra salvación...

—Ve, Schapal; pero date prisa.

El indio se armó de un bastón y del ha-

cha y se lanzó á través del bosque, guiándose á la luz de los relámpagos.

A lo lejos se oían los ladridos de Pandú.

Al cabo de un cuarto de hora Schapal llegaba á la orilla: el mar, agitado por el viento, rompía con ímpetu irresistible contra la costa, como si quisiera arrebatarse la isla entera. Olas monstruosas se quebraban rugiendo y salpicando los árboles de la floresta. A la luz de un relámpago vió Schapal al perro que se hallaba sobre una roca con la cabeza vuelta hacia el Noroeste, y ladrando furiosamente.

Miró en aquella dirección, y á una distancia de tres ó cuatro millas distinguió un vivo resplandor: parecía que una luz gigantesca se deslizaba sobre el tempestuoso mar con rapidez. Al pronto Schapal no pudo ver bien lo que era; pero observando con más atención, vió que se trataba de un barco, un parao, que ardía por los cuatro costados.

Aquel espectáculo tremendo, horrible, duró breves instantes. Parte de la arboladura cayó al agua; después la nave, empujada por el viento se perdió en lontananza. Durante al-

gunos minutos. Schapal distinguió aún un punto luminoso que se alejaba con rapidez: luego todo desapareció entre las nubes y la lluvia.

—¡Desgraciados! ¿Qué suerte les esperará?

Pandú ya no ladraba: intentaba seguir á la nave corriendo por la orilla; pero á poco regresó junto al malabar.

—¡Vamos!—dijo el indio.—Allí nos esperará con impaciencia.

Se pusieron en marcha; pero Pandú se paraba á cada instante volviendo la cabeza y cogiendo por el traje al indio, como pidiéndole que regresara á la costa.

—Es inútil, Pandú; no puede salvarnos.

Cuando Schapal llegó á la cabaña, Allí la aguardaba lleno de curiosidad.

—¿Ha pasado alguna embarcación?

—Sí; una nave presa de las llamas y del huracán.

—No se había engañado Pandú.

—No; pero no podíamos aguardar ningún auxilio de aquel barco: me parece que no irá muy lejos.

—¡Pobres marineros! ¿Pasaba muy cerca de la costa?

—A tres ó cuatro millas.

—Debieron conducirla á la playa si querían salvarse: no tienen otro recurso. ¿Hacia dónde iba?

—El huracán la empujaba hacia el Sur.

—Puede que naufrague en la costa meridional.

—En ese caso, de poco nos servirá su ayuda.

—Pero, siendo muchos, podríamos resistir mejor á los salvajes, construir una barca... Schapal, iremos hacia el Sur.

—¿Tienes esperanzas?

—Si la tripulación se ha percatado de la proximidad de la costa, habrá empujado la nave hacia la isla.

—Si quieres, volveremos al Sur.

—Sí; mañana nos pondremos en camino.

En aquel instante Pandú dió prolongado ladrido: tenía la cabeza vuelta hacia el mar, y parecía escuchar con suma atención.

—Nunca he visto al perro tan alterado como esta noche: me cogía de la ropa para no dejarme volver aquí.

—Esperará que vuelva la nave para salvarnos.

—¿No oye qué ladridos tan lúgubres? Parece que nos augura alguna desgracia.

—¡Bah! Eso son supersticiones en las que nunca he creído. ¡Vamos á descansar!

Cerraron la puerta; pero Pandú no quiso entrar y se quedó fuera. Poco después los náufragos roncaban. Schapal se despertó varias veces, pues el perro no cesó de ladrar durante toda la noche.

VIII

L A T S C H I M I

Al amanecer cesó la lluvia y el viento amainó, dejando en paz á los árboles. A eso de las ocho de la mañana reapareció el Sol, y entonces Alí y Schapal decidieron salir de su escondite.

—¿Te sientes con fuerzas bastantes?— preguntó Schapal.

—Aun estoy bastante débil—respondió Alí;—pero un buen paseo y una buena bo-canada de brisa marinera acabarán de aliviarme. Dedicaremos el día de hoy á la caza, y cuando tengamos víveres suficientes para una semana nos despediremos de estos lugares y nos encaminaremos al Sur. Tengo una esperanza.

—¿Cuál?

—Encontrar, mas pronto o más tarde, la nave que viste.

El indio meneó la cabeza.

—¿Dudas?

—El mar estaba muy revuelto, y la nave ardía: será un milagro que haya logrado salvarse.

—Esos milagros ocurren todos los días. El incendio pudo destruir nada más que la arboladura, dejando intacta la armazón. Ahora vamos á cazar: voy sintiendo apetito ¡Ah! ¡Si tuviera una escopeta!

—¿No tienes las pistolas?

—Pero alcanzan poco.

Tomaron las armas y salieron. Pandú al ver á su amo le miró, y lanzó un ladrido que dejaba adivinar cierta tristeza.

—¿Qué tiene mi perro? Ha perdido la alegría.

—No comprendo: le encuentro muy triste y debía estar muy contento al verme ya sano. ¡Bah; ya se pondrá alegre cuando coma!

Recorrieron una parte del bosque observando atentamente el follaje con la esperanza de cobrar alguna buena pieza, cuando entre las ramas superiores de los árboles oyeron gritar:

—¡Craaaoc...! ¡Craaoc!

Alí se detuvo; miró á lo alto, y vió acurru-

cados en las ramas de un enorme *tara* unos doce volátiles muy raros, de un metro de longitud, con plumas negras en el dorso, el vientre y la cola blancuzcos, y con la cabeza armada de un pico monstruoso. Las aves estaban despojando el árbol de su fruto; operación para ellas llena de dificultades, pues, á pesar de su enorme pico, se veían obligadas á arrojar primero al aire el alimento y recogerlo después entre las mandíbulas abiertas, dejándolo caer en el esófago.

—¿Qué son?—dijo Schapal.

—*Calaos rinocerontes*—contestó Alí.

—¡Qué picos! ¿Cómo podrán servirse de ellos?

—No pesan nada: están formados por un tejido esponjoso recubierto de una ligera capa de materia córnea, muy dura, y que da al pico una solidez á toda prueba.

—¿Y se pueden comer esos animales?

—¡Ya lo creo; son un excelente bocado!

—¿Y están muy gruesos?

—Mucha pluma y poca carne: probaremos á cazar alguno, si se están quietos. Son muy astutos y desconfiados. Ya nos han visto.

Los *calaos*, después de dar un *craaoc* en sordecedor, tendieron el vuelo; pero Alí no se desanimó, pues sabía de antemano que eran muy malos voladores. En efecto: después de recorrer setenta ú ochenta metros se detuvieron en otro árbol que se levantaba en medio de una red inextricable de plantas pequeñas.

—Los sorprenderemos—dijo Alí.

Los dos cazadores se echaron al suelo y se deslizaron por entre las matas como si fuesen dos reptiles: los *calaos*, creyéndose seguros, reanudaron la comida.

Alí avanzó con gran cautela, y llegó hasta el pie del árbol donde estaban las aves: entonces se levantó sin hacer ruido y apuntó á las que se hallaban en las ramas inferiores. Sonaron dos tiros, y cayeron dos aves, mientras las otras huían precipitadamente. Schapal, que las vió caer, se arrojó sobre ellas, y las remató dándoles con el hacha un golpe en la cabeza; luego se las presentó á Alí.

—¿Quién hubiera creído que estos pajarracos tan gruesos iban á pesar tan poco?

—Ya te lo decía: son todo pluma. Y estas

aves se hallan provistas de abundantes depósitos de aire; entre la piel y la carne tienen muchas vejigas que se llenan de aire cuando respiran y se dilatan: por eso desde lejos parecen tan pesadas, y en la mano las encuentran tan ligeras. ¿Tú creías que eran tan gordos como los patos?

—Y ahora veo que no pesan mucho más que una gallina.

—No importa: ya nos hemos asegurado el almuerzo y la cena. Póntelos al hombro, y vamos hacia la costa: los asaremos en la playa.

Cuando llegaron á la costa el mar aun estaba revuelto; pero como había cesado el viento, era de esperar que pronto sucedería la calma. Allí recorrió con la vista la superficie del golfo y después la playa, que iba formando una gran curva hacia el Sur.

—¿A qué distancia pasó la nave?

—A cuatrocientos ó quinientos metros.

—¿Iban muchos hombres á bordo?

—Me pareció que la tripulación era muy numerosa para un parao.

—¿Eran todos indios?

—No; nosotros no llevamos nunca barre-

tina, y algunos de aquéllos las llevaban: serían europeos.

—¿Dónde se habrá refugiado la nave?

Se interrumpieron bruscamente, avanzando algunos pasos.

—Schapal, ¿no ves en el mar una cosa que empujan las olas hacia la playa?

—Sí; parece el palo de un navío.

—Que tal vez pertenezca al parao: daría cualquier cosa por que llegase hasta aquí.

—¿Para qué?

—Para averiguar el nombre de la nave: no en vano se imprime el nombre de los barcos en las arboladuras.

—¿Y qué sacarías?

—Conozco casi todos los barcos que frecuentan Calcuta, y el capitán que mandaba el parao podía ser amigo mío.

Poco á poco el árbol se aproximaba á la playa, perdiéndose unas veces y apareciendo otras. Por fin las olas lo arrojaron contra los escollos y allí quedó detenido.

Alí y Schapal acudieron en seguida para reconocerlo.

—Es el palo mayor, y está aserrado por el pie.

—¿No tiene nombre?

—No.

Un triste lamento los hizo volver la cabeza. Pandú daba vueltas alrededor del palo, olfateándolo y quejándose lastimosamente.

—¿Qué tendrá este perro?

—Aquí hay un misterio que me gustaría aclarar: ó Pandú ha reconocido la nave, ó á bordo iba alguna persona conocida.

—¿Quién?

—¡Qué se yo! No me parece natural la agitación del perro.

—¿Iría algún amigo tuyo en el parao?

—Puede. El instinto de Pandú es maravilloso: hay que buscar la nave.

—Mañana nos pondremos en camino. Hoy te fatigarías mucho, patrón.

—Sí; las piernas me flaquean aún. ¿Tomamos un bocado, Schapal? El aire del mar me ha abierto el apetito.

Recogieron leña, desplumaron un *calao* y lo pusieron á asar; después hicieron una buena provisión de moluscos.

Pero Pandú no se separaba del mástil: lo olía, lo olfateaba por todas partes, y de vez

en cuando se acercaba á Alí ladrando, y luego volvía al madero.

Terminada la comida, y habiéndose calmado el golfo, Alí y Schapal acordaron dar un paseo hacia el mar, con la esperanza de encontrar más restos del parao.

Recorrieron un kilómetro sin descubrir nada; llegaron hasta una escollera desde cuya cima podía distinguirse una inmensa extensión de la costa y del golfo.

—¿No ves humo al Sur?

—No.

—Entonces confiemos en que la tripulación logró dominar las llamas. ¡Oh; hemos de encontrar la nave! Ahora volvamos á nuestra cabaña, Schapal; mañana reanudaremos nuestra vida errante.

Se metieron por la selva, deteniéndose aquí y allá para recoger algún mango ó algún plátano, y cuando llegaron á la cabaña era casi de noche. Iban á penetrar en su guarida, cuando vieron á Pandú que dió varios saltos y se dispuso á acometer á un enemigo invisible.

—¡Cuidado—dijo Alí;—Pandú ha descubierto algún enemigo ó enemigos!

—¡Ya lo veo!

Alí sacó las pistolas y entró con precaución en la cabaña. Con gran sorpresa suya no vió á nadie, y todo lo halló tal como lo habían dejado. Además, si se hubiera escondido alguien dentro, Pandú sin vacilar se hubiera arrojado sobre él.

—Salgamos—dijo Alí.

Miró el suelo, y vió pisadas humanas impresas en la húmeda tierra, que el Sol aun no había enjugado. Pero eran tan diminutas que parecían de un niño.

—Aquí ha estado alguien: un hombre, no, estoy seguro.

—¿Qué niño iba á aventurarse?...

—Puede haberse dado el caso de que pasara por aquí una tribu, y que se destacara un niño para buscar fruta, y haya descubierto nuestro refugio.

—¿Y volverá?

—¡Pst! Los andamanes no se detienen más de un día en un mismo sitio: son más nómadas que los árabes y los beduínos. ¡No nos preocupemos!

Removieron las hojas que les servían el

lecho y se durmieron pronto, tranquilizados por el silencio del perro.

Al día siguiente Schapal se levantó en cuanto comenzó á clarear, y dijo á Alí:

—Voy á hacer provisión de fruta y á ver si cazo otro *calao*. La mañana está muy húmeda, y no te vendrán mal dos horitas más de reposo.

—Ve, Schapal: no nos pondremos en camino hasta el mediodía, cuando caliente bien el Sol.

El indio tomó las dos pistolas del capitán y se metió por la floresta, avanzando con gran precaución. Habíase alejado ya un kilómetro de la cabaña, acercándose á la costa, cuando en medio de un grupo de árboles vió alzarse uno grandísimo, con el tronco derecho, de diámetro notable, con las ramas levantadas como si fueran los brazos de un candelabro, y con las hojas de color verde tan oscuro, que formaba con su masa una especie de cúpula de dimensiones gigantescas.

—¡Un *mhowah*!—exclamó el indio frotándose las manos de alegría.—¡No podía haber dado con planta más preciosa!

Razón tenía Schapal para ponerse contento, pues estos árboles, que los malabares llaman también *mhowah*, y los naturalistas *cassia latifolia*, son los más útiles que crecen en aquellas regiones, y de los cuales los indios sacan muchas cosas necesarias para su existencia.

Los *mhowah* comienzan á producir en Febrero, en cuanto el Sol adquiere un poco de fuerza, se cubren en poquísimos días de una cantidad increíble de flores con la corola amarillenta, semejantes á un grano de uva, carnosa, densa, y cuyos estambres aparecen por una abertura muy estrecha.

Cuando llegan á la madurez la corola carnosa se cae, y entonces comienza la llamada *lluvia del maná de las maniguas*. Esta lluvia de bayas (porque son verdaderas bayas), dura varios días, y los labradores las recogen con gran precaución: se calcula que cada árbol produce cerca de ciento veinte á ciento treinta libras.

Puestas á fermentar las bayas, se obtiene un vino blanco picante, y destilándolo se saca un aguardiente riquísimo.

Más adelante estos árboles dan un fruto grande como la almendra, recubierto de una cáscara de color violáceo: estas almendras que son blancas, se prensan para obtener de ellas un aceite muy bueno y una harina que sirve para hogazas.

Por último, la corteza del *mhowah* es utilizable, y con ella se hacen cuerdas muy resistentes; hasta la madera se emplea en la construcción, pues tiene la virtud de resistir á la destrucción de aquellas terribles hormigas que taladran hasta los huesos.

Como la estación estaba avanzada el *mhowah* descubierto por el malabar carecía de flores, pero de las ramas pendían los frutos. Schapal estaba seguro de que removiendo entre el césped hallaría fruta abundante caída del árbol, é iba á agacharse, cuando creyó ver un bulto oscuro que corría bajo las matas.

—¡Oh!—exclamó.—¿Será algún animal que me disputa la recolección?

Cargó una pistola, y miró atentamente hacia el lugar donde había creído ver moverse las hojas.

—Algún jabalí—murmuró;—pero no se irá sin una bala.

Con la pistola en la mano derecha y con el bastón en la izquierda se internó entre los matorrales, abriendo bien los ojos y aguzando los oídos; pero no volvió á encontrar nada sospechoso. Se paró ante una mata muy espesa y con las precauciones de siempre separó las ramas. Fué tal la sorpresa que experimentó, que se quedó atónito, con la mirada fija y la boca abierta. Bajo aquella planta, muy escondida entre las ramas, se hallaba agazapada una niña que desde el primer momento se veía que no era una salvaje andamana, sino una bengalí.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Schapal saliendo de su estupor.

La niña se puso en pie lentamente dejando caer algunos puñados de almendras que llevaba, y apareció del todo á la vista del asombrado malabar.

Era una figurita graciosa, delgada, con la piel bronceada, ojillos inteligentes y brillantes como dos diamantes negros, y con la cabellera larga, rizada y negra también. No

representaba más de nueve ó diez años, y como las mujeres de Bengala, llevaba su *sari* de percal anudado alrededor de las piernas, y el *suk* en el cuello. Debía de estar herida, pues en la frente llevaba una venda manchada de sangre.

—¿Qué haces aquí?—repitió Schapal.

—Ya lo ves: recoger fruta.

—¿Y quién eres?

—Una bengalí.

—¡Una bengalí aquí! ¡En esta isla!

¿Estás presa por los salvajes?

—No; me trajeron aquí las olas.

—¿Naufragó la nave en que venías?

—No lo sé: una ráfaga de viento me arrebató de la cubierta.

—¿Cuando?

—La otra noche.

—¿Una nave que ardía?

La niña miró con desconfianza al malabar; pero luego añadió:

—Sí.

—¡Yo vi esa nave! Era un parao. ¿verdad?

—Sí; un parao.

—¿Adónde iba?

—No lo sé.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo ignora.

—¿Quién lo tripulaba?

—Unos bengalíes.

—¿Y qué hacías tú á bordo?

—Nada; me recogieron en la desembocadura del Ganges, donde me había abandonado mi familia.

—¿Has llegado sola?

—Sí, sola.

—¿Estás herida?

—No es nada: una rozadura que me hice al chocar con una peña.

—¿Cómo te llamas?

—Latschimi.

—Bien, Latschimi; recojamos estas almendras, y después te presentaré al patrón.

—¿A quién? Hasta ahora no me has dicho cómo te encuentras aquí.

—El patrón y yo somos náufragos: él es bengalí; yo, malabar.

—¿Como se llamaba tu nave?

—La *Djumna*.

La pequeña tembló al oír aquel nombre y miró con estupor al malabar

—¡La *Djumna*!

—¿La conoces?

—¡Ah; no! Creía haber oído ese nombre alguna vez; pero no. ¿Y tu patrón cómo se llama?

—Alí-Middel.

Latschimi volvió á temblar; pero pronto se dominó.

—Tampoco le conozco.

Después se inclinó hacia el suelo como si quisiera ocultar aquella inexplicable turbación, y se puso á recoger almendras.

Schapal, que no había notado nada, se apresuró á imitarla. Sin embargo, la niña parecía preocupada, y de vez en cuando miraba entre los árboles como si temiera ver aparecer á alguien. Poco después llegaban á la cabaña.

Fácilmente se adivina cuál sería la sorpresa de Alí al ver á Schapal en semejante compañía. Informado de todo, dijo á Latschimi, que le miraba con insistencia:

—Te quedarás con nosotros, y te protegeremos contra los animales y los salvajes.

EL CAPITAN DE LA DJUMNA

Cuando estemos en la India no te abandonaré tampoco, y si tú quieres, te serviré de padre.

—Gracias, patrón: eres muy bueno.

—Dime: ¿la nave en que ibas pensaba acercarse á estas costas?

—No lo sé.

—¿Corría mucho peligro?

—La arboladura ardía.

—Pero, ¿cómo comenzó el fuego?

—No sé. Me encontraba en la estiba; cuando subí al puente las velas y los mástiles estaban ardiendo.

—¿Había mucha gente á bordo?

—Unos doce.

—¿Todos indios?

—Todos.

—¿Y no sabes adónde se encaminaba aquella nave?

—Muy lejos; pero no sé adónde.

—Puede que la encontremos.

—¿Dónde?—preguntó Latschimi con cierta inquietud.

—En las costas meridionales.

—Aquellos hombres eran muy malos.

—¿Serían piratas?

—Puede.

—Acaso te equivoques.

—¡No, no; aquella gente era muy mala!— repitió la pequeña con energía.—Robaban las personas.

—Entonces, serían negreros. ¡No importa, los buscaremos!

—¡Me volverán á coger!—dijo Latschimi manifestando gran terror.

—¿Te maltrataban?

—Siempre me estaban pegando.

—¡Bah! Delante de mí no lo harán. Allí Middel no teme ni á pirates ni á negreros. Vamos á la costa, porque esta humedad me es muy perjudicial.

Comieron algunas almendras y el último trozo de carne que les quedaba, y se pusieron en camino. Llevaban ya recorridos unos trescientos pasos, cuando Schapal advirtió que Pandú no iba con ellos.

—¿Y el perro?

—Me dejó antes de que volvieses, y creí que había ido en busca tuya.

—No le he visto.

—Habrá descubierto alguna pieza, y an-

dará persiguiéndola. Me pareció que se dirigía al Sur.

—¿Habrá oído el desembarco de aquellos hombres?

—¿De la nave que ardía?

—Sí.

Es posible. Pandú tiene un olfato maravilloso: ya nos alcanzará.

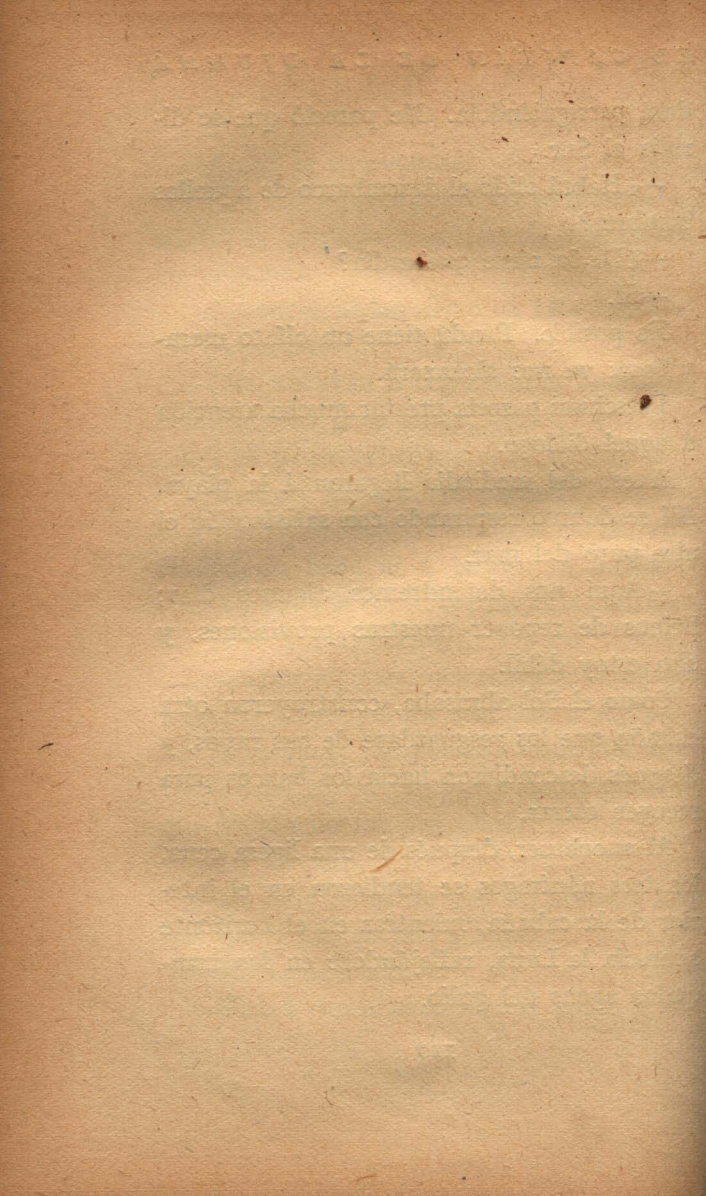
Latschimi parecía prestar mucha atención á aquel diálogo.

A eso del mediodía llegaron á la playa. Allí se detuvo respirando con satisfacción el aire puro del mar.

—Aquí nos detendremos algunos días; hemos de reponer nuestras provisiones, y aun estoy débil.

Como el Sol abrasaba, construyeron otra cabaña que los resguardase de sus rayos, y después descendieron hacia los bancos para recoger ostras.

Al anoecer, después de una ligera cena, los tres náufragos se tendieron en el interior de la cabaña, mientras en el horizonte aparecía la Luna, reflejándose en las tranquilas aguas del golfo.



IX

EL O D I O D E G A R R O V I

Hacía ya algunas horas que Alí y Schapal roncaban sonoramente, cuando de la cabaña salió una forma humana que se detuvo una vez que se vió al aire libre.

Era la pequeña bengalí: sus ojillos, que brillaban de una manera muy extraña, se fijaron alternativamente en el capitán, que dormía con las pistolas colocadas debajo de su cuerpo, y en el malabar, que asía fuertemente el hacha. Más que en los hombres, la niña se fijaba en sus armas. Permaneció inmóvil algunos minutos; después sacudió la cabeza como si quisiera apartar de sí algún pensamiento importuno.

Se levantó y miró hacia el bosque, inclinándose hacia adelante como si quisiera oír mejor: por aquella parte no se oía ningún rumor. Tranquila por aquel silencio, la pequeña se puso resueltamente en camino siguiendo la costa.

¿Adónde iba tan á deshora, sola é indefensa, cuando podía ser acometida por cualquier tigre hambriento? Marchaba aprisa, corriendo ligera como un pajarillo, sin hacer ruido, sin respirar, como si conociera perfectamente la costa. Dos kilómetros debía haber recorrido cuando se detuvo mirando hacia un grupo formado por varios árboles gigantescos.

Arrancó una hoja de una planta, la puso entre sus labios, y emitió algunas notas semejantes á las que los músicos indios arrancan del *baurý*.

Latschimi aguardó, conteniendo la respiración; al poco rato salieron del bosque otras notas, parecidas á las que ella dió.

—¡Es él!—murmuró sonriendo, mientras por sus ojillos cruzaba un rayo de alegría.

Reanudó la marcha costeano los altos árboles: luego se detuvo y repitió la señal, no haciéndose aguardar la respuesta; pero tan cercana, que la niña echó á correr en dirección de una colinita que se levantaba á pocos pasos del sitio donde estaba.

En efecto; allí, sentado sobre la hierba, le aguardaba un hombre: era un indio delgado

como un faquir, de piel muy oscura, sin esos reflejos amarillos que suelen tener los individuos pertenecientes á las razas de aquel país del Sol ábrador.

—¡Narsinga mía!—exclamó al ver á la niña.—Hace diez horas que estoy esperándote con un ansia indecible. ¿Te has perdido?

—No me he perdido, padre mío.

—¡No! Entonces, ¿qué ha sido de ti?

—He encontrado á unos hombres.

—¿Salvajes?

—No; á un hombre blanco: á él...

—¿A quién?

—Al capitán de la *Djumna*.

El indio miró á la niña con espanto.

—¡El...! ¡Alí! ¿Quién me lo envía, Siva ó los genios del mal? ¡Ese hombre ha muerto!

Se levantó ciñéndose su *dubgah*; pero en seguida se dejó caer otra vez en tierra.

—¡Maldición! ¡Nome acordaba de que tengo una pierna rota! ¡Narsinga, cuéntamelo todo!

La bengalí refirió á su padre adoptivo todo cuanto le había ocurrido, punto por punto, hasta la fuga de la cabaña.

—¡Ah—dijo el indio cuando Narsinga ca-

lló;—también vive Schapal! ¡Yo que creí matarle de un hachazo! ¿Y Pandú? El perro es quizás el más peligroso de todos.

—Padre mío, ¿qué debo hacer?

Garrovi, pues él era, no respondió: meditaba profundamente.

—¿A qué distancia se encuentran?—dijo al fin.

—A dos kilómetros.

—¡Ah! ¡Si pudiera arrastrarme hasta allí!

—¡Imposible: el camino es muy malo!

—¡Pero es preciso que yo mate á aquellos hombres!

—Padre, es posible que Alí no te odie como tú crees.

—¡Si no le mato, me matará él á mí!

—Puede que te perdone: no me parece tan malo.

—¡Al verme á mí lo sería; y aunque me perdonara, me arrebataría el oro que destino para tí!

—No me hace falta.

—¿Por qué?

—Porque Alí me tendría con él como si fuera su hija.

—¿Y me abandonarías?

—Sí; para salvarte la vida.

—¡Oh, nunca! ¡Yo te amo como si fueras hija mía, y he asesinado para hacerte rica!

—¡Renuncio á ese oro que no he deseado, y que tú has conseguido á cambio de tantos delitos! Me horroriza cuanto has hecho; lo ignoraba...

—¿Crees que cuando te recogí en el camino de Bangpur hambrienta y desnuda y te adopté como hija era para afiliarte á la miserable secta á que yo pertenecía? ¡No! Cuando te vi experimenté una extraña sensación nunca sentida; mi corazón latía como el de un padre que adora á sus hijos, y desde aquel día no tuve más que un deseo: enriquecer á mi hija adoptiva. ¡Y por tí, Narsinga, por tí, me embarqué, pensando encontrar fortuna en lejanas tierras; por tí hice traición á mi capitán; por tí envenené á los tres misorianos; por tí maté á los malabares y por tí asesiné á traición á Hungse, para adueñarme de la caja del oro!

—¡Basta, padre! ¡Me das miedo!

—¿Crees ahora que puedo perderte?

—Pues huyamos: yo te ayudaré.

—Entonces lo perdería todo, y no quiero verte pobre.

—¡Si ya te he dicho que no quiero riquezas! ¡Vámonos, y dejemos que Alí busque á sus compañeros!

—No, Narsinga.

—¿Qué quieres hacer? ¿Qué esperas?

—¡Matarlos á todos!

—¿A Alí y á Schapal?

—¡Y á los otros; así poseeré mis tesoros otra vez!

—No harás eso, padre mío.

—¿Quién me lo impedirá?

—Tienes una pierna rota.

—¡Me arrastraré como las serpientes, y mataré á Alí mientras duerma!

—Y Schapal te matará á tí.

—No le dejaré tiempo.

—Te matarán los otros.

—¡Tengo aquí un pomo con veneno que basta para dar cuenta de todos! Cuando los haya exterminado volveremos á Bengala! ¡Oh; no me acordaba del presidente de la *Joven India*; pero ya veremos lo que se hace con él!

Al oír estas palabras, Narsinga no pudo reprimir un gesto de horror: aquel hombre que hasta entonces había sido para ella su padre, y á quien amaba sinceramente, le repugnaba, le daba miedo.

—¿Qué debo hacer?—preguntó, á pesar de todo.

—Vuélvete á Alí; no conviene que sospeche. ¿Cuándo piensa dejar la costa?

—Mañana.

—Impídeselo.

—¿Cómo?

—Fingiéndote mala.

—No me creerá.

—Eres astuta, y sabrás engañarle.

—¿Y después?

—Mañana por la noche, cuando se ponga la Luna, iré allí, y le mataremos.

—¡Padre...!

—¡Calla, Narsinga! ¡Adiós!

La pequeña se levantó, alejándose sin volver la cabeza. Caminaba lentamente, absorbida en sus reflexiones. De vez en cuando meneaba la cabeza y decía con energía:

—¡No; Alí no morirá!

Llevaría ya recorrida la mitad del camino y comenzaba á dibujarse la cabaña, cuando se sintió cogida bruscamente por dos brazos robustos que la echaron al suelo.

Antes de que pudiera gritar ni moverse fué aprisionada en una especie de red hecha con fibras vegetales, levantada y conducida como si fuera un fardo.

Varios hombres, destacados silenciosamente en la selva, la circundaban; serían unos quince ó veinte salvajes, completamente desnudos, armados con arcos, con lanzas y con escudos hechos con corteza de los árboles.

Eran todos bajos, pero bien proporcionados; sus rasgos fisonómicos estaban muy lejos de ser hermosos, con aquellos ojos pequeños y ribeteados, con aquellos labios abultados y gruesos y con aquellas narices aplastadas; tenían, además, un no sé qué de feroz y de bestial.

Marchaban á lo largo de la playa, en silencio, unos detrás de otros, y empuñando sus armas; los dos últimos llevaban la red que contenía á Narsinga, suspendida de un

palo. La niña no dudó ni un momento respecto de las intenciones de los salvajes. Caminaban hacia la cabaña ocupada por Alí y Schapal. En efecto; á unos treinta pasos de la guarida se detuvieron, rodeando el refugio; primero escucharon, después avanzaron al mismo tiempo todos.

Reunidos todos en torno de la cabaña, se precipitaron dentro dando voces formidables. Alí y Schapal, que dormían profundamente, no tuvieron tiempo de tomar las armas; en menos de lo que se dice se vieron ligados y envueltos en redes vegetales que les impedían todo movimiento.

Los salvajes suspendieron las redes de dos palos, como habían hecho con Narsinga, y se ocultaron por los bosques caminando velozmente.

Al amanecer se detuvieron en un claro rodeado de espeso bosque. En medio de aquel llano se alzaban algunas miserables cabañas, abiertas por los cuatro costados, y defendidas en la parte superior por un montón de hojas colocadas sin orden ni concierto.

X

LOS ANDAMANOS

Al entrar en su campamento los raptos fueron saludados por una gritería infernal; unas veinte mujeres, míseras criaturas casi desnudas, tan delgadas que daban miedo, temblorosas por efecto de la fiebre, y unos doce diablillos desnudos del todo y untados de barro para defenderse de las picaduras de los insectos, salieron corriendo de las tiendas, y saludaron á sus maridos y padres respectivos con saltos de mono y con tales aullidos, que eran capaces de ensordecir á cualquiera.

Los salvajes depositaron á los presos debajo de una cabaña, desembarazándolos de las redes, pero dejándolos atados á unas sólidas estacas clavadas en la tierra; después se alejaron sin decir una palabra.

Alí, que estaba furioso, antes de que se fueran los llenó de improperios; pero no obtuvo respuesta alguna ni consiguió hacerles volver la cabeza.

—¡No te entienden, patrón!—dijo Schapal.

—¡Si pudiera romper estas ligaduras, yo me haría comprender. ¡Bribones! ¿Qué les hemos hecho para que nos traigan aquí? ¿También tú has caído en poder de estos bribones? ¡Ah! ¡Si hubiera estado Pandú con nosotros, hubieran pagado cara su osadía!

—¿Qué querrán hacer con nosotros?

—No sé.

—¿Querrán asarnos? Me han dicho que los andamanos son antropófagos.

—Unos dicen eso; pero otros navegantes lo han negado.

—Entonces, ¿para qué nos han hecho prisioneros?

—Ya lo sabremos. Aquí viene uno de estos bandidos.

Un salvaje algo más alto que sus compañeros, pero no menos feo, con el pelo teñido de rojo, los brazos adornados de conchitas blancas y las caderas cubiertas de una tela descolorida, avanzaba con cierta desconfianza hacia los presos.

Una vez delante de éstos les dirigió algunas palabras en una lengua que nadie

comprendió; en vista de que no le entendían, les interrogó en bengalí.

—¿De dónde venís?

—¡Vaya!—exclamó Alí.—¡El salvaje conoce nuestro idioma! Según parece, estos andamanes han tenido alguna relación con nuestros compatriotas.

El salvaje sonrió y dijo:

—Durante mi juventud estuve en Bengala; unos indios que desembarcaron aquí me robaron.

—¿Y ahora eres el jefe de esta tribu?

—Sí, después de matar al que la mandaba.

—¡Grandísimo pícaro! ¿Y ahora quieres decirme por qué nos habéis detenido?

—Porque vosotros, los hombres de Bengala, sabéis hacer muchas cosas que nosotros no podemos proporcionarnos; en aquella ciudad donde estuve dos años como esclavo vi cosas maravillosas y vosotros nos las construiréis.

—¿Nos crees capaces de hacerlas?

—Seguramente.

—Somos marineros nada más.

—Me alegro; me haréis una de esas cajas que flotan.

—Sabemos dirigirlas, pero no hacerlas.

—Lo dices para no trabajar; pero yo te obligaré.

—¿Y si yo me niego?

—Cuando el hambre te atormenta trabajarás.

—¡Eres un bandido!

—Después me haréis una casa muy grande para mí; y otras más pequeñas para mis súbditos.

—¿Y después? ¿Qué se te antoja?

—Armas de esas que truenan y matan á grandes distancias. Os concedo dos días de descanso; luego comenzaréis á trabajar.

El salvaje dió media vuelta, y se fué sin responder á las insolencias que le dirigieron Alí y Schapal.

—¡Está loco! Hay que huir, Schapal: sino, estos canallas van á matarnos de hambre.

—Ojalá pudiéramos huir, pero estas cuerdas no son fáciles de romper. ¡Si tuviésemos un cuchillo! Pero como nos han quitado las armas...

—Romperemos las cuerdas.

—Nos vigilan: mira aquellos salvajes que nos observan desde los matorrales.

—Pues hay que buscar algún medio. Ese hombre está loco. ¿Cómo vamos á construir naves y á edificar palacios?

—Sí, está loco; pero va á darnos que hacer.

—¡Ya veremos!

En aquel instante algunos salvajes que salían de una cabaña se le acercaron arrastrando unos cestos hechos con hojas entrelazadas, cestos que depositaron junto á los prisioneros; después les desataron las manos, pero no los piés y se colocaron en torno de ellos con sus armas.

Los cestos contenían trozos de mono asado al humo, algo de pescado, mangos que habían sido puestos en remojo y que exhalaban un olor muy pronunciado á trementina, y una de esas nueces grandes llamadas por los indios *tavarcarré*, gruesas como la cabeza de una persona y que las olas empujan hacia aquellas islas, robándolas de las florestas de las islas Seyquelas: este fruto es muy apreciado por su virtud medicinal y se paga á precios fabulosos aun en los países donde crecen.

Los tres presos, temiendo que durante los días venideros les faltara aquella abundancia hicieron mucho honor á la comida, y cuando

terminaron fueron atados de nuevo. Allí se negaba á que le ligaran las manos, pero acudieron más salvajes, y entre todos le redujeron.

—¡Resignémonos,—dijo Schapal;—sino, pueden perder la paciencia estos salvajes y matarnos.

—No se atreverán, porque su jefe sabe el poder que Inglaterra tiene en la India.

—¿Quién nos iba á vengar en medio de estos bosques?

—Los de la nave incendiada—dijo Narsinga, que hasta entonces no había desplegado los labios.

—¿Crees que han desembarcado?

—Sí.

—¿Tenían el propósito de desembarcar aquí?

—Sólo venían á eso.

—Pero antes nos dijiste que ignorabas su rumbo.

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Más tarde lo sabrás.

—Dime, por lo menos, quiénes eran.

EL CAPITAN DE LA DJUMNA

—Bengalíes guiados por un blanco llamado Harry.

—No le conozco.

Narsinga miró con sorpresa al capitán.

—¿Y al teniente Oliverio?

—Tampoco.

—¿Sí que conocerás á un joven que se llama Eduardo?

—¡Eduardo!—exclamó Alí lleno de esperanza.

—Sí, Eduardo Middel.

—¡Eduardo! ¡Mi hermano! ¿Está aquí?
¡Niña, no me engañes!

—No te engaño.

—¿Y quién eres tú? ¡Di!

—Una muchacha que debía cometer un terrible atentado á bordo de la nave que conducía á tus salvadores.

—¡Tú! ¡Vamos; estás de broma!

—No.

—¡Cuéntamelo todo, ó harás que me vuelva loco!

—¡Sí; habla, cuenta!—dijo Schapal.

—Hablaré; pero es preciso que me concedas la vida de un hombre.

—¡De un hombre! ¿Quién?

—Un hombre á quien odias.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En esta isla.

—Pero ¿dónde?

—Cerca de nosotros.

—¿En este campamento?

—No; pero puede que á estas horas te hubiese dado muerte si los salvajes no te hubieran apresado: yo debía ayudarle, y hubiera procurado salvarte porque no quería tu muerte.

Alí y Schapal contemplaban á Narsinga con estupidez.

—Explicanos todos esos misterios.

—Prométeme que no harás daño á ese hombre.

—Di antes cómo se llama.

—Es mi padre adoptivo.

—¡Como si no me dijeras nada!

—Después te diré su nombre.

—¡Vaya! Pues te prometo no causarle el menor daño.

—Cuento con tu palabra.

—¿Su nombre?

—Garrovi.

—¡Él!—rugió Alí con odio.—¡Debo matarle!

—Me has prometido su vida.

—¡Te digo que tengo que matarle!

—¡Sí; le mataremos—dijo Schapal.—Tú tienes que vengar á tus tres misorianos, la *Djumna* y el oro del presidente de la *Joven India*; yo, el hachazo de la frente.

—Me has prometido...—murmuró Narsinga.

—Pero yo no he prometido nada—dijo Schapal.

Narsinga inclinó la cabeza sobre el pecho, y dos lágrimas asomaron á sus ojos. Alí se conmovió al ver el llanto de la pequeñuela.

—¿Quieres á ese demonio?—le preguntó.

—Me ha querido siempre como si fuera su hija.

—¡Imposible!

—Sí; ha asesinado y ha robado por mí.

—¡Mientes para salvarle!

—No; te lo juro por Siva.

—Oye: cuéntame todo lo que sepas; luego juzgaremos á Garrovi.

—Pregunta.

—¿Es verdad que está aquí mi hermano?

—Sí; la nave que vió Schapal iba tripulada por Eduardo Middel, por un viejo marinero que se llama Harry, y por un teniente de Bengala.

—¿Cómo supo mi hermano que estaba yo aquí?

—Según me ha contado Garrovi, el teniente mató un ave que llevaba unos papeles.

—¡El pato emigrante!—exclamó Schapal.

—¡Ahora lo comprendo todo! El teniente se informó, buscó á mi hermano...

—Y al presidente de la *Joven India*, que fué el que armó el parao que debía buscarte. El presidente descubrió el paradero de Garrovi.

—¿Prendieron á Garrovi?

—Sí, y le embarcaron á bordo.

—¿Contigo?

—No; yo me embarqué á escondidas.

—¿Con qué objeto?

—Para ayudar á mi padre en su fuga. Aprovechándome de mi pequeñez, me escondí en un cajón que contenía la ropa de Garrovi; conmigo llevé sierras, barrenas, y cuanto podía necesitar para hacer un agujero en los costados de la nave.

—¿Te lo mandó Garrovi?

—No, pues desde que le prendieron no pude hablar con él.

—¡Cuánta astucia y cuánta inteligencia cabe en esa cabecita!—exclamó Alí admirado.—¡Sigue!

—Por temor á ser descubierta y desembarcada, no me presenté á Garrovi hasta que el parao se hubo alejado bastante de la costa; mi padre fué encerrado en un pequeño camarote de popa. Tu hermano y el presidente de la *Joven India* le habian prometido salvarle la vida si conducía la nave al sitio donde había naufragado la *Djumna*, y además restituirle el oro robado; pero él te temía, y sabía que le matarías en cuanto le encontrases.

«Garrovi, para evitar que pudieran descubrirme, levantó dos tablones del suelo y me escondió en la sentina; sólo salía por la noche para comer lo que él me guardaba. Desde que me vió comenzó á pensar en el modo de perder la nave, y no tardó mucho en idear un plan; primero, desarbolar el parao, y después hundirlo en el mar.

«Como él no podía salir de su encierro,

me encargó á mí de tan penoso trabajo; todas las noches, provista de una sierrecita, trabajaba con tesón hasta que se me agotaban las fuerzas.

«Yo no conocía á los tripulantes ni sabía el objeto de su viaje: sólo sabía que Garrovi estaba preso y que de la pérdida de la nave dependía su salvación.

«Cuando estalló la tempestad el palo mayor crujió, pero no llegó á caer del todo, pues los marineros se percataron á tiempo del peligro y reforzaron la arboladura: entonces me ordenó Garrovi que hiciese una vía de agua al barco.

«Un rayo incendió la arboladura, un tizón cayó en la estiba cuando yo pasaba para refugiarme en mi escondite, y me hirió en la frente.

«Me habían descubierto; pero en aquel instante, Garrovi, que logró abrirse paso por entre los maderos del piso, apareció sobre cubierta, me arrebató de brazos del teniente, y después de romper el timón con un hachazo se arrojó al mar conmigo en brazos nadando hacia esta isla.

«Consiguió salvarme; pero las olas le hi-

cieron chocar contra una roca y le fracturaron una pierna.

—¿Y ahora dónde está?—dijo Alí.

—Escondido en la selva: aun no está bien del todo.

—Pero ¿puedes tú amar á semejante hombre?

—Le he amado: ahora le compadezco. Ha robado por mí.

—¿Con qué fin?

—Con el de hacerme rica.

—¿Tanto te quería?

—Con locura; me recogió en un camino muerta de hambre.

—¿Quiénes son tus padres?

—No lo sé: cuando Garrovi me encontró no tenía yo aun dos años.

—¿Te habías perdido, ó te habían abandonado?

—Lo ignoro. ¿Perdonarás á Garrovi? Ya no le amo, porque sé lo malo que es.

—¡Dos palabras!

—Di.

—¿Crees que la nave habrá llegado aquí?

—Garrovi lo cree.

—¿Cuándo le has visto?

—Anoche: mientras dormíais fuí á verle y á llevarle de comer.

—¡Eres admirable!

—¡Bueno! ¿Le perdonarás?

—Acaso...—dijo Alí como hablando consigo mismo.

Después añadió volviéndose al malabar:

—Es preciso que huyamos y alcancemos á mi hermano.

—¿Cómo? ¿No ves cómo nos vigilan estos enanos?

—¡Si pudiera romper estas cuerdas!

—Yo probaré: tengo unos dientes muy pequeños, pero muy agudos, y en otra ocasión roí las cuerdas que aprisionaban á Garrovi; inclinándome hacia adelante llego hasta donde tú estás. Á la noche probaré...

—¿Y adónde iremos?—dijo Schapal.—¡No tenemos armas...!

—¡Una idea!—dijo Alí.—Si recobro mis pistolas, ya no volverán á prendernos estos enanos.

Dirigiéndose á uno de sus guardianes, añadió después:

—Di a tu señor que necesito hablarle.

XI

LA FUGA DE LOS PRISIONEROS



El salvaje no debió de entender lo que Alí le dijo; pero como sabía que el jefe de la tribu comprendía la lengua de los prisioneros, fué inmediatamente en su busca.

El jefe, imaginándose que los bengalíes tendrían que hacerle revelaciones de importancia, se apresuró, pero tomando antes sus precauciones: llegó armado con un arco de dos metros de largo y con un manojo de flechas de medio metro de longitud, provistas de agudas espinas.

—¿Me llamabas?

—Sí—repuso Alí.—Para decirte que accedemos á tus pretensiones.

El salvaje no pudo contener su alegría.

—¿Me construiréis una de esas cajas que flotan?

—Sí.

—¿Y un palacio?

—También.

—¿Y armas que truenen y maten á mucha distancia?

—Hasta cañones, si quieres.

—Te daré todo lo que quieras de comer.

—No basta.

—¿Qué más deseas?—preguntó el andamán.

Necesito armas para trabajar la madera con que he de hacer esas cosas.

—Te las daré.

—Pero tus armas no sirven: esas lanzas son insuficientes.

—Tengo tu hacha.

—Tampoco es bastante.

—¿Qué más necesitas?

—Mis pistolas.

—¿Qué vas á hacer con ellas?

—Derribar los árboles.

—No he visto eso nunca en Calcuta.

—¿No has visto que los árboles caigan al suelo heridos por el rayo?

—¡Es verdad!—dijo el salvaje.

—¿Y mis armas no truenan igual?

—También es verdad.

—Pues si no me las das, no tendrás lo que deseas.

—Te daré todo lo que necesites.

—Me basta con eso: mañana empezaremos á trabajar.

El jefe, lleno de alegría por estas promesas, se retiró aullando el *aukalarien*, grito con que los salvajes muestran su regocijo.

—¡Ya veremos si mañana cantas también el *aukalarien*.

—¿No huímos hoy?

—No; sin armas no daríamos muchos pasos sin que fuéramos acometidos por los salvajes ó las fieras; mañana daremos el golpe.

—¿Qué piensas hacer?

—Cuando llegue el momento oportuno, ya lo sabrás. Mirad, el jefe comienza á proveernos de víveres; la cena promete ser más abundante que el almuerzo.

Sus esperanzas resultaron fallidas: fué muy abundante, sí; pero los manjares eran apropiados solamente al paladar de los andamanes. La cena consistía en grandes lagartos asados y un trozo de gato salvaje que despedía un olor imposible, un poco de miel, y un cesto de moluscos y crustáceos.

Los presos hicieron honor á la miel, á los moluscos y á los crustáceos, y cuando vino la noche, les quitaron las ligaduras, pudieron tenderse en el suelo, y procuraron conciliar el sue-

ño. Los guardianes no se retiraron: al contrario, llegaron nuevos andamanos, y todos juntos se sentaron en torno de una hoguera que encendieron cerca de la cabaña de los presos.

No fué muy tranquilo el sueño de éstos, pues apenas cerró la noche, cayó sobre ellos una plaga de mosquitos que los martirizaron sin compasión. Si hubieran estado libres, hubieran imitado el ejemplo de los andamanes, que se embadurnan de barro para defenderse de tales picaduras. Al amanecer, fué el jefe seguido de algunos hombres á despertar á los presos, que al fin habían conseguido adormecerse. El jefe llevaba el hacha, las pistolas y las municiones que quedaban.

—¿Estáis dispuestos?

—Quítanos estas cuerdas, y vamos.

—Pero ¿no huiréis?

—¿No tienes tus guerreros?

—Sí; pero los hombres de Bengala son más fuertes que nosotros.

—Vosotros sois muchos, y nosotros dos nada más, y esta pequeña, que es inofensiva.

—¡Bien; veamos!

El salvaje hizo una seña, y los andamanes cortaron las ligaduras á los presos.

—Llévame á un bosque donde haya árboles muy grandes—dijo Alí.—Necesito mucha madera para construir una de esas casas que flotan.

Alí tomó por la mano á Narsinga y se puso junto al jefe; detrás iban Schapal y los andamanes, quienes con las armas en la mano no perdían de vista á los presos.

En breve se hallaron en medio de un espesísimo bosque, formado por *borassos*, espléndidos *figus pisocarpa*, árboles resinosos del *dammar* y tecas altísimas. Alí se detuvo, y después de inspeccionar bien el lugar, se fijó en una teca colosal, de unos 45 ó 50 metros de altura, y tan gruesa, que no hubiesen podido abarcarla tres hombres cogidos de las manos.

—Este árbol me conviene—dijo Alí.

—¡Cómo! ¿Piensas derribar este árbol?

—Sí; pero han de ayudarme tres hombres.

—Pero cuando caiga nos aplastará á todos.

—Yo sé cómo he de hacer para que eso no ocurra; con tal que tú me ayudes también...

—¿Qué hay que hacer?

Alí señaló otra teca tan alta como la primera, situada á poca distancia, diciendo:

—Tú con los tuyos subiréis allí arriba, y estaréis las cuerdas que atemos al árbol primero.

—¿Y tú?

—Yo con el hacha cortare la teca por la base. ¿Comprendes?

—Sí.

Entretanto Schapal hizo cortar algunos cálamos, y agarrándose á las ramas inferiores trepó por el árbol que habían de derribar, y estaba atando el extremo de aquellas cuerdas vegetales á las ramas más altas.

Los andamanes que ya se habían dado cuenta de la maniobra, treparon á la segunda teca cogiendo los extremos opuestos de los cálamos, y se acomodaron en la parte superior del árbol.

—Dame las armas y sube—dijo Alí al desconfiado jefe.

—¿No te escaparás?

—¿No están armados tus hombres?

—Sí; pero preferiría quedarme aquí.

—Puede aplastarte la teca.

—Estaré con cuidado.

Alí le miró con ira, pero se contuvo.

—Quédate; pero ten mucho cuidado.

—No temas; toma el hacha.

—¿Y las pistolas?

—Yo también sé disparar, y cuando me lo mandes lo haré.

Alí experimentó vehementes deseos de arrojarle sobre el bribón; pero aun no había llegado el momento oportuno.

Tomó el hacha y comenzó á golpear el árbol en su base, arrancando trozos de la corteza.

Schapal por su parte se entretenía en reunir al pie del segundo teca gran cantidad de hierba seca y ramas muertas que abundaban por aquellos alrededores.

El jefe, nada tranquilo por tan extraña maniobra, preguntó á Alí:

—¿Qué hace tu esclavo?

—Preparar leña para quemar las ramas del árbol.

—Pero están mis hombres arriba.

—Cuando caiga el teca bajarán: calla, y déjame trabajar.

El capitán se puso á golpear de nuevo el coloso con tan poco éxito como siempre, mientras Schapal seguía acumulando leña.

De pronto el marinero se paró diciendo:

—¡He terminado!

—¡Apártate, Narsinga!—dijo en voz baja.—¡Cuidado con las flechas!

El capitán dejó caer el hacha como si se hubiera fatigado mucho, y volviéndose al jefe añadió:

—Las armas de fuego harán el resto.

—¿Disparo?

—Sí; pero antes advierte á los tuyos que en cuanto oigan los tiros tiren de las cuerdas con toda la fuerza que les sea posible.

—¿Y el árbol caerá?

—En seguida—dijo Alí;—y volviéndose á Schapal agregó:—Enciende una rama de *dammar*; hay que quemar las hojas del teca.

Mientras Schapal obedecía encendiendo una rama resinosa, los andamanos, prevenidos por su jefe, clavaban las lanzas en el tronco que los sustentaba, y suspendieron los arcos de las ramas para tirar mejor de los cálamos.

—Ahora tú—dijo Alí.

El andamán se acercó al teca, apoyó en él las dos pistolas, cerró los ojos, y después de unos instantes de vacilación hizo fuego.

Como era de esperar, el árbol permaneció

en su puesto, y en su lugar cayó el jefe atontado de dos puñetazos que le dió en la cabeza Alí.

En el mismo instante Schapal prendía fuego al montón de leña que había hecho al pie del segundo teca; las llamas subieron rápidamente hacia donde estaban los andamanes, envolviéndolos en nubes de humo.

—¡Huyamos!—gritó el indio.

Alí se lanzó sobre el jefe, arrebatándole las pistolas y las pocas municiones que quedaban; recogió el hacha, y tomando á Narsinga por la mano, se apartó de aquel lugar.

Al ver huir á los presos, los andamanes soltaron las cuerdas y empuñaron las armas; pero era tarde. Como no podían bajar, pues las llamas se lo impedían, comenzaron á dar voces para ver si les oían sus hermanos.

Alí, Schapal y Narsinga huían precipitadamente por la selva: mientras durase el fuego no tenían nada que temer.

—¡Aprisa, Schapal!—gritaba Alí:—esos bribones nos buscarán en cuanto se apague el fuego.

—¡Qué sorpresa habrán tenido!—decía Schapal.

La selva se presentaba cada vez más

cerrada, más espesa, más difícil; obstáculos tras obstáculos, impedimentos tras impedimentos, y ellos seguían siempre adelante sin preocuparse de la dirección.

Después de dos horas de marcha, con los vestidos desgarrados y las manos ensangrentadas, se detuvieron á orillas de un pantano, que se extendía en medio de un bosque lleno de humedad.

—No nos encontrarán. Podemos pararnos.

—Este lugar es muy peligroso: aquí debe de reinar siempre la fiebre de los bosques.

—Estaremos pocos días: en cuanto tengamos la seguridad de que no nos persiguen, buscaremos la costa. Ya nos buscará Eduardo, ¿verdad?

—Seguramente—dijo Narsinga.

—¡Pobre hermano mío! ¡Me creerá muerto!

—Deja los pensamientos tristes, y pensemos en salir de este apuro.

—Es verdad; busquemos un escondite antes de que nos decubran los andamanes. Desearán vengarse.

—Sobre todo el jefe. ¿No le mataste?

—No; pero tiene para rato con el golpe que le dí. Venid: busquemos un sitio desde donde nos podamos defender en caso de que nos ataquen.

XII

LAS ARENAS MOVEDIZAS

Como queda indicado, su fuga precipitada los había conducido á las orillas de un pantano escondido en medio de un bosque espesísimo: las plantas que lo circundaban eran tan altas y tan frondosas, que sobre las aguas reinaba una oscuridad y una humedad tales, que las ramas goteaban sin cesar, y el agua chorreaba por los troncos de los árboles.

Alí se acercó á la orilla del lago y examinó atentamente aquellas aguas oscuras y fangosas como si quisiera persuadirse de que bajo ellas no se ocultaban arenas movedizas ni huéspedes peligrosos. En medio del agua descubrió una islita llena de vegetación, y se le ocurrió la idea de refugiarse allí, seguro de que los andamanes no darían con ellos.

Cortó una rama, la metió en el agua, y vió que la profundidad era poco más de un metro, y el suelo bastante sólido.

—Pasemos allí—dijo.—No creo que una estancia de treinta ó cuarenta horas nos sea fatal.

Tomó á Narsinga en brazos y se la puso al hombro, confiándole armas y municiones para evitar que se mojaran; después entró resueltamente en las aguas apoyándose en un bastón. Schapal no se hizo rogar, y armándose también de un garrote, por temor á los cocodrilos, se metió en aquel lago fangoso y negruzco. Al pronto iba bien: el piso parecía resistente; pero conforme se fueron apartando de la orilla los piés se les hundían en la tierra, dificultando su marcha; el terreno cedía bruscamente. Caminaban con suma prudencia, tanteando antes el sitio donde iban á poner los piés; pero cuando ya se hallaban á cinco ó seis metros del islote. Allí notó que le faltaba la tierra bajo los piés, hundiéndose hasta la cintura.

—¡Schapal—exclamó;—un banco de arena movediza!

—No; el terreno que yo piso no puede estar más duro.

—¡Me hundo!

—Espera; yo te ayudo.

—¡No; que nos hundiremos los tres!

—¿Qué hago?

—Sube al islote, y alárgame una rama muy larga.

El indio avanzó hacia la isla; pero se encontró con que el banco se extendía también en aquella dirección, y para salvarlo fué dando la vuelta en redondo; pero así perdía un tiempo precioso, lo que podía ser fatal al capitán y á Narsinga.

Alí permanecía inmóvil, sabiendo que el menor movimiento hubiera acelerado su perdición; pero el agua subía, subía lentamente mojándole los hombros, la barba y amenazaba llegarle á la boca.

Narsinga callaba; pero veía que la superficie del agua seguía subiendo, mientras su valeroso salvador descendía poco á poco en la horrible tumba que se abría bajo sus plantas.

—¡Pronto, Schapal, ó somos perdidos!

—¡Aquí estoy!—gritó el indio, que había hallado al fin una lengua de tierra sólida y subido al islote: desgajó una rama de varios

metros de larga y la tendió hacia Alí, sujetándola con fuerza por el extremo opuesto.

—¡Gracias!—murmuró apenas el desgraciado capitán.—¡Gra...!

La segunda palabra fué interrumpida por el agua, que le penetraba ya en la boca.

Se agarró desesperadamente á la rama, y Schapal tiró con toda su energía, sacando al capitán con grandes esfuerzos del banco que le aprisionaba.

A poco los pies quedaron libres, y Alí pudo ganar la orilla; dejó en ella á Narsinga, y cayó al suelo rendido.

—¡Me has salvado!—dijo la niña cogiendo entre sus manos la cabeza de Alí.—¡Soy tuya!

—¡Nos hemos salvado juntos!—repuso Alí.—Nunca he tenido tanto miedo como ahora. ¡Esas arenas son terribles!

—También he pasado yo un mal rato—añadió Schapal.—Temía no llegar á tiempo y veros perecer á los dos.

—No olvides la dirección del banco, Schapal.

—¿Por qué?

—Porque nos veremos obligados á cruzar de nuevo el pantano.

—Ya sé donde está el paso, y no lo olvidaré.

—Visitemos nuestra posición. Me parece que estamos en buen sitio: aquí podremos descansar con seguridad.

—Y más, estando defendidos por las arenas movedizas.

Aquella isleta que surgía casi en medio del pantano tenía un diámetro de 25 ó 30 metros, y se hallaba cubierta de vegetación; algunos plátanos, unos cuantos mangos y dos ó tres *dammar*. Por los troncos de los árboles corrían lagartos cantores, parecidos á los que abundan en Java y Sumatra, que casi sin interrupción emiten un sonido extraño, *gek-kó*; en las ramas, pequeños pajaritos de colores brillantes y reflejos metálicos gorjeaban sin cesar.

—Es un escondite impenetrable: si los andamanes nos persiguen, no se figurarán que estamos aquí.

—Me parece que no abunda la caza, y aún no hemos comido.

—Hay mangos.

—Que estarán llenos de resina y serán muy malos.

—Hay plátanos.

—Para hoy, nada más.

—Mañana ya veremos.

—¡Silencio!

—¿Qué has oído?

—¡Escucha!

En lontananza se oyeron unos aullidos; después cesaron. Los pájaros de la floresta enmudecieron atemorizados; pero poco después reanudaron sus trinos y sus gorjeos.

—¿Habrán dado los andamanes con nuestra pista?—se preguntó Alí.

—O habrá caído el árbol.

—¡No es posible! Además, deben de estar muy lejos.

—¿Qué hacemos?

—Por ahora, nada: recojamos algunos mangos y plátanos.

—Yo me encargaré de ello—dijo Narsinga.

La niña, que era ágil como una mona, trepó por los mangos y recogió muchos frutos; mientras, Schapal arrancaba grandes racimos de plátanos. Alí hurgaba con el bas-

tón en las matas para ver si saltaba algún animal: iba ya á alejarse de la orilla en vista del fracaso obtenido, cuando de pronto vió que unos peces de diez centímetros de longitud saltaban fuera del agua, llegaban á la orilla, y ayundándose con las aletas y la cola, se ocultaban entre las plantas acuáticas.

—¡Hola, hola! ¿*Periophthalmus* tenemos?
¡Schapal, ven á ayudarme!

—¿Has encontrado algún animal?

—Unos peces.

—¿Y no has encontrado una red?

—No hace falta; se han escondido entre las hierbas y el césped.

—¡Qué raro!

—¡Mira cómo rebullen!

El indio se inclinó, y, efectivamente, vió veinte ó treinta peces que saltaban entre las matas persiguiendo á los insectos. Pronto se repuso de su sorpresa, y ambos comenzaron á cazar aquellos extraños animales. Lograron coger veinte; los restantes huyeron, desapareciendo en el agua.

—¡Nunca he visto cosa semejante!—dijo el indio.

—Pues yo he visto otros peces en medio de campos cultivados—repuso el capitán.— En Java y en Sumatra se encuentran á veces *anabas*, que así se llaman aquellos peces, á doscientos y aun á trescientos pasos de las orillas de los ríos ó del mar.

—¿Vivos?

—Y coleando. Hasta los he visto intentando subirse á los arbustos. Dicen que también suben á los árboles; pero yo no lo he visto, y no puedo asegurarlo.

—¡Chist!

—¿Gritos otra vez?

—Sí.

—¿Pero esos bribones no querrán dejarnos en paz ni un momento?

—El jefe querrá pagarte los dos puñetazos.

—¡Pues como le pille, le meto dos balas en la cabeza!

—¿Quedan muchas balas?

—Once.

—¡Pocas son!

—¡Bastantes para ese canalla! ¡Se acercan; escondámonos!

Apenas habían terminado de esconderse, cuando apareció un andamano; caminaba con toda clase de precauciones, observándolo todo, registrando las matas y los árboles. Se acercó al pantano, y estuvo breves instantes reconociendo aquel paraje: parecía como si quisiera descubrir las huellas de los fugitivos sobre el fondo limoso del lago.

De pronto se puso en pie y comenzó á mirar con viva curiosidad el islote; su instinto de habitante de las selvas no le había engañado.

Levantó los brazos y dió dos gritos agudísimos; á su llamamiento acudieron otros dos salvajes armados de grandes arcos y manojos de flechas. El primero se lanzó al agua en dirección del islote: debía de conocer el fondo del pantano, porque avanzaba con lentitud y reconociendo la arena.

—¡Nos han descubierto!

—Todavía no—repuso Allí.—Callemos, y no nos dejemos ver.

—Pero antes de un cuarto de hora estará aquí ese salvaje.

—¿Y el banco de arena? Bien es verdad

que estos enanos pesan menos que nosotros; pero ni aun así pasarán. Si da con el paso, yo tengo aquí dos pistolas.

—Se nos echarán los otros encima, y nos sitiarán.

—El sitio ya lo preveo, y no será corto.

—¡Mala situación, cuando la despensa se halla tan desprovista!

—Viviremos como podamos, y cuando tengamos el vientre vacío nos apretaremos el cinturón.

El andamano seguía avanzando; se hallaba sólo á veinte pasos de la isla cuando se paró bruscamente y gritó aterrorizado.

—¡Ya se ha hundido!—dijo Alí.—¡No te muevas!

—¡Deja que se lo trague!

El salvaje se debatía en medio del agua; pero esto, en vez de salvarle, contribuía á agravar su situación, y continuaba hundiéndose en el fango. Sus compañeros no se atrevían á socorrerle: andaban como unos poseídos, tendiéndole los brazos y corriendo de aquí para allá, pero sin osar aventurarse en el lago.

Al ver á aquel desgraciado pronto á desaparecer, Alí dió un paso adelante y cogió una rama para tendérsela al salvaje; pero Schapal le detuvo diciéndole:

—¡No, que van á descubrirnos, y por salvar á ese hombre nos perderemos nosotros!

—¡Va á perecer!

—Ya lo veo; pero es necesario que se ahogue. Si te hallaras en su lugar, los andamanos, en vez de auxiliarte, te coserían á flechazos.

—Sí; pero yo no puedo presenciar impasible la muerte de un hombre, aunque sea mi enemigo. Pase lo que pase, yo le salvo.

—¡Patrón...!

—¡Estoy decidido!

Desgajó una rama, llegó á la ribera y se la presentó al salvaje: el infeliz estaba con el agua hasta la boca, y al ver el palo en manos de su enemigo creyó que éste iba á partirle el cráneo y dió un grito de espanto.

—¡Cógete..., pronto!

El salvaje, viendo la rama al alcance de la mano la agarró, mirando á su salvador con ojos aterrorizados.

—¡No la sueltes!—añadió el capitán mientras tiraba con fuerza, logrando sacarle del banco.

En cuanto se sintió libre saltó á la isla y cayó á los piés de su salvador, diciendo en bengalí:

—¿Me matas ó me concedes la vida?

—Si te he salvado, es porque no pensaba matarte; no temas.

—¡Soy tu esclavo; haz de mí lo que quieras!

—Ya veremos para qué sirves. ¿Y tus compañeros?

—Han desaparecido—repuso Schapal.

—¡El diablo los lleve!

—No se los llevará muy lejos: volverán, y nos atacarán.

—¡Nos defenderemos!

—¿Con este enemigo en casa?

—Es nuestro esclavo.

—¿Te fías?

—¡Vaya! En cuanto tenga la menor sospecha, le tiro al agua, y no hay quien le libre de las arenas movedizas. Ahora vamos á comer, ya que nos dejan tiempo.

XIII

EL PEOR ENEMIGO

El salvaje salvado por Alí era uno de los más pequeños de la tribu; pero parecía muy robusto, á juzgar por la anchura de su pecho y los músculos de sus brazos. Como sus compatriotas, iba casi desnudo, y llevaba únicamente un cinturón hecho con corteza de árbol y un collar de escamas de tortuga y conchas blancas.

No aparentaba miedo alguno por hallarse inermemente en poder de sus enemigos: al contrario, mostraba plena confianza. Después de decir que era esclavo de Alí, se acurrucó junto á éste sin preocuparse para nada de sus compañeros, los cuales habían desaparecido.

Schapal trajo todo lo que habían recogido; unos veinte pescados, dos docenas de mangos y unos treinta plátanos; Alí, como hombre previsor, hizo tres montones, diciendo:

—Para hoy, para mañana y para pasado.

—¡Qué raciones tan escasas!— dijo Schapal.

—Mejor es quedarse con ganas que morir de hambre.

—¿Y si continúa el bloqueo?

—En tres días pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Qué esperas?

—¡Ya veremos! ¡La comida, pronto, la comida!

Narsinga encendió fuego con el eslabón y la yesca, y puso sobre los tizones algunos pescados. En cuanto estuvieron asados se pusieron a comer, y en pocos minutos dieron cuenta de todo, no olvidándose de dar su parte al andamano.

Luego, viendo que no aparecía nadie en la orilla opuesta, Alí y Narsinga se tendieron en el suelo, mientras Schapal vigilaba. El salvaje, que, sin duda, temía la vuelta de sus compatriotas, se colocó junto al indio, mirando fijamente hacia la otra ribera.

Schapal no le perdía de vista, dispuesto á precipitarle en el estanque en cuanto hiciera un movimiento sospechoso.

De pronto el andamano le señaló con el dedo un gran grupo de plátanos que se alzaba en la orilla fronteriza.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—¡Vienen!—repuso el salvaje en bengalí.

—¿Tus compañeros?

—Sí.

—No los veo.

—Pero Kalati les oye.

—¡Ah! ¿Te llamas Kalati? Bien, amigo Kalati. ¿Dónde están ahora tus compañeros?

—Se arrastran por entre los plátanos.

—¿Y crees que están decididos á prendernos?

—El jefe quiere la casa que flota.

—¡Maldita sea la nave...! Pero ¿crees que intentarán atravesar el pantano?

—Sí.

—¿Y las arenas movedizas?

—El jefe es muy astuto.

—¿Le ayudarás?

—No, porque soy vuestro esclavo.

—¿Siguen acercándose?

—Sí; se esconden en los plátanos.

—¿Querrán rendirnos por hambre?

Schapal se escondió entre dos matas de la orilla, llevando consigo las pistolas del capitán, y aguardó con paciencia á los enemigos para saludarles con una descarga.

Sin embargo, los andamanos no parecían tener ningún interés en salir de su escondite: debían de hallarse ocupados en algún trabajo misterioso, pues de vez en cuando Schapal veía que las grandes hojas de los plátanos se agitaban por unas sombras negras que se deslizaban entre los troncos y se desvanecían después.

¿Qué estarían tramando? Seguramente, nada bueno, pues tomaban tantas precauciones. Schapal iba sintiéndose cada vez más inquieto, más alarmado. De cuando en cuando interrogaba al prisionero; pero éste aun aguzando mucho el oído, no podía adivinar lo que hacían sus compañeros.

Hacia el anochecer se despertó Alí, y Schapal le informó de la presencia de sus enemigos y de sus misteriosas vueltas por la selva.

—¿Prepararán alguna balsa para atacarnos durante la noche?—dijo el capitán.—Si nos acometen al mismo tiempo por todas partes, vamos á vernos apurados.

—¿Qué piensas hacer?

—Por ahora, vigilar atentamente: después ya veremos qué es lo que conviene hacer.

—¿Y si llegan al islote?

—Nos refugiaremos en los árboles.

—Y prenderán fuego á las matas.

—Están muy verdes, y no arderán. Mientras tanto, podría yo matar á unos cuantos asaltantes. Andamos escasos de municiones; pero estos salvajes se asustan en seguida de las armas de fuego. Escondámonos entre las plantas, y preparémonos á rechazar brillantemente el asalto.

El Sol se ponía tras los grandes árboles de la selva, y las tinieblas caían rápidamente sobre el pantano: en pocos minutos la oscuridad llegó á ser absoluta en aquel lugar, tan poco iluminado aun en pleno día.

Alí, Schapal, Narsinga, y hasta el prisionero, esparcidos por las orillas del islote, no perdían de vista la ribera contraria, esperando y temiendo cualquier sorpresa.

Los andamanos no se dejaban ver; pero cuando el viento no agitaba la floresta se los oía: debían de estar cortando ramas de los árboles. Serían las once de la noche, cuando Schapal oyó un ruido semejante al que produce un cuerpo humano al caer en el agua.

—¡Patrón—dijo,—me parece que alguien se ha arrojado al pantano!

Alí, que vigilaba la orilla opuesta, acudió con una pistola en la mano, decidido á meter una bala en la cabeza al nadador.

—¿Le ves?

—Veo una cosa que flota cerca de la orilla; pero no parece un hombre.

—Si; debe de ser una balsa pequeña formada por algunas ramas entrelazadas.

—Con dos hojas de plátano á modo de velas: el viento la empuja lentamente hacia aquí.

—¿Irá alguien escondido?

—No es posible; la balsa es muy pequeña.

—A poco se oyó otro golpe, y apareció otra balsa con sus hojas de plátano; después lanzaron otra, luego otra, hasta doce, que, empujadas por la brisa, avanzaban hacia el islote.

—No comprendo lo que pretenderán hacer los salvajes con esas balsas.

—Kalati—dijo Schapal al prisionero,—¿sabes qué intentan?

—No; pero estad prevenidos, porque el jefe es muy astuto y puede prepararos una sorpresa.

—¡Veremos! Ya tengo curiosidad de saber qué contienen esas balsas.

Mientras tanto los flotadores seguían adelan-

tando, sin que delante ni en pos de ellos se viera nadar á ningún enemigo. Pronto salieron de dudas: dos ó tres balsas, las que habían salido primero, fueron á enredarse entre las plantas de la orilla. Allí y Schapal descendieron para ver lo que contenían; pero el indio, que marchaba delante, se detuvo diciendo:

—¡Párate!

—¿Qué has visto?

De entre las hojas que cubrían las balsas salieron unos silbidos.

—¡Por Siva!—dijo Allí palideciendo.

—¡El silbido de las *nayas negras*!

—¡Y de las serpientes diminutas!

—¡Huyamos!

—¡Hundamos las balsas!

—¡Es ya tarde!

El indio tenía razón: las serpientes viendo delante el islote, abandonaron los flotadores y pasaron á tierra. Allí, lleno de espanto, las vió levantar las hojas que las cubrían, enderezarse, saltar rápidamente á la isla, y ocultarse entre el césped.

Eran *nayas negras*, llamadas también *cubre cabellos*; serpientes terribles, pues matan á los

hombres más fuertes en menos de un cuarto de hora, y *minute-snake*, ó serpientes diminutas que matan en poco más de sesenta segundos.

Alí y Schapal se retiraron precipitadamente

—¡Al agua, Schapal!—dijo Alí cogiendo en brazos á Narsinga.

—Nos matarán, ó caeremos en el banco. Refugiémonos en los árboles: allí estaremos seguros.

—¡Pues no perdamos un instante!

En medio del islote se erguía un grueso *dammar* provisto de multitud de ramas, las cuales ofrecían un refugio bastante cómodo.

Alí levantó á Narsinga, y cuando la vió arriba trepó á su vez seguido de Schapal y del andamano. A los pocos minutos se hallaban todos á salvo de aquella formidable banda de reptiles.

Las otras balsas habían llegado ya, y desde su refugio veían los cuatro infelices cómo se retorcían y andaban entre las matas las innumerables serpientes que los andamanos habían soltado. Habría más de cien reptiles de varias especies, pues Schapal creyó distinguir también el silbido de las *gulas* y de las boas.

—¡Silbad cuanto queráis—dijo Alí;—no os dejaremos subir! ¡De qué peligro hemos escapado, Narsinga! ¡Malditos salvajes! ¿Quién les habrá sugerido esta idea? Si no es por estos árboles, hubiéramos tenido que desalojar la isla aprisa y corriendo.

—Y ahora estamos más prisioneros que antes—añadió Narsinga.—¿Cómo saldremos de este islote?

—¿Cómo? ¡No sé! La verdad es que nuestra situación va de mal en peor; y voy temiendo que al fin y al cabo caigamos en poder de esos salvajes.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque sin duda el jefe, convencido de que no había de tener la casa flotante, nos ha condenado á una muerte horrible.

—¿A morir de hambre?

—O mordidos por las serpientes.

—Tienes razón; no se atreverán á venir á prendernos. ¿Dónde habrán encontrado tantas serpientes?

—En los bosques.

—¿Será el jefe un encantador de serpientes?

—Pudo aprenderlo durante su estancia en Bengala.

—Entonces, aun puede llamarlas á su lado.

—Sí, si no estuvieran en un islote. Estas serpientes gustan de la humedad, pero no del agua, así que estamos perdidos, como no encontremos un medio para evadirnos.

—No podemos contar con nadie.

—Sí—dijo Narsinga.

—¿Con quién?

—¿Te has olvidado del parao de tu hermano?

—¡Eduardo! ¡Pocas esperanzas tengo! ¿Quién sabe adónde le habrá empujado el huracán?

—Sin duda andarán buscándote á estas horas.

—Estamos muy lejos de la costa, y prisioneros.

—Pero hay uno en libertad—dijo Schapal.

—¿Quién?

—Pandú; ya sabes lo inteligente que es ese animal.

—¡Es verdad! ¡Si los hubiera encontrado! ¡Esperemos aún!

XIV

SITIADOS EN EL ÁRBOL

Cuando amaneció, los sitiados, que durante toda la noche habían estado en guardia, pudieron darse cuenta de quiénes eran los formidables enemigos con quien tenían que habérselas. Había *nayas negras* de dos metros de largo, con la cabeza casi cubierta por una especie de capucha de forma elíptica, bajo la cual relucían dos ojos amarillos; serpientes diminutas, las más pequeñas de todas, pues apenas medían quince centímetros de longitud; *gulabas*, las más hermosas de la especie, de color rosa pálido; boas de tres metros de largo de color verde oscuro, con anillos irregulares y manchas preciosos, por lo que se les da el nombre de pitones atigrados.

Los andamanos acudieron á las orillas del estanque para ver si aun vivían los sitiados, ó si se disponían á lanzarse al agua. En medio de los salvajes aparecía el jefe con la cabeza vendada. Al ver á los extran-

jeros refugiados en el árbol en compañía de un compatriota parecía volverse loco de rabia. Aullaban todos con furia, y agitaban las armas en señal de amenaza. Dispararon algunas flechas; pero el islote estaba tan distante, que no llegaron al punto de destino.

—¡Si mis pistolas tuviesen mayor alcance, ya veríais cómo abría la cabeza á vuestro jefe!

El jefe de los andamanos fué calmándose poco á poco, y de pronto vieron que se arrojaba al agua y avanzaba con precaución, como si quisiera hablar á los presos.

—¿Qué queréis?—le dijo Alí.

—Que me escuchen los hombres de Bengala.

—¡Habla, canalla!

—Aun puedo salvaros; mataremos las serpientes, ó las haremos volver.

—¿Eres brujo?

—Oigan los hombres de Bengala las palabras de Mangabo.

—¡Sí; te oigo, señor de Mangabo!

—¿Queréis construir la casa que flota?

—¿Y después?

—Os dejaré en libertad; pero antes has de entregarme las armas que hacen fuego.

—¿Para matarnos con ellas, señor de Mangabo?

—¡No he dicho eso!

—Lo leo en tus ojos.

—¿Me has oído?

—¡Sí; mis armas las tendré yo para que no nos mates cuando nos tengas en tu poder!

—¡Pues moriréis!

—¡Lo veremos!

—No podéis bajar.

—Y tú no puedes venir hasta aquí.

—¡El hambre os obligará á bajar!

—Pues bajaremos.

—¿Y las serpientes?

—¡Mis armas matan á las serpientes!

—Nosotros os mataremos en las arenas movedizas.

—¡Probad y veréis cómo truenan estas armas!

El jefe dió un gruñido y se retiró á la orilla; sus súbditos se dispersaron en torno del pantano para impedir que los sitiados huyeran. Alí y Schapal se pusieron á pensar en el modo de salir de allí antes que el hambre ó el veneno acabaran con ellos. En ha-

cer las paces con sus enemigos no pensaron ni un momento, pues de sobra habían comprendido que el jefe quería hacerles pagar su astucia. Sin embargo, era preciso salir de aquel islote, que había sido para ellos una verdadera trampa. Carecían de víveres y el hambre no es un suplicio que pueda soportarse muchos días seguidos.

Alí probó á matar á algunas serpientes; pero pronto cayó en la cuenta de que no andaba muy sobrado de municiones y que podía necesitarlas para los andamanos. Mató también un ave que pasó cerca de la copa del árbol; pero la pieza cayó entre las serpientes. Menos mal que agua no les faltaba, pues inclinando una rama hacia el pantano, Schapal cogía cuanta necesitaban con un vaso hecho con hojas del *dammar*. Durante el primer día no les ocurrió nada de particular. Una banda de monos *vau-vau* fué á distraer á los prisioneros con sus ejercicios gimnásticos, con sus contorsiones y sus gritos. Eran unos quince ó veinte monos que se instalaron en las copas de unos árboles altísimos de la orilla opuesta.

Aquellos cuadrumanos tenían la piel azulada, la cabeza más ancha que alta, la cara adornada con una barba muy espesa, y los brazos tan largos que, hallándose derechos, con la mano se tocaban el tobillo.

En cuanto vieron que los andamanes se acercaban para matarlos á flechazos huyeron á la desbandada.

Después apareció otra bandada de *lares*, otra clase de monos muy comunes en aquellas islas, que no tardaron en huir así que vieron las intenciones de los salvajes.

—¡Allí tanta caza, y aquí tanta penuria!— dijo Alí.—¿Cómo acabará esto?

Schupal, con la cuerda que le servía de cinturón, preparó una hamaca para Narsinga, temiendo que el sueño la venciera y cayese entre las serpientes. Alí y el indio no se atrevían á dormir, y sus temores se vieron realizados. A eso de la media noche les llamó la atención un golpe seco que se oyó hacia la orilla.

—¿Has oído?

—Sí.

—¿Habrán arrojado al agua algún cocodrilo?

—No hubiera hecho ese ruido. ¿Oyes cómo vienen á estrellarse las olas contra el islote?

—Sí.

—Deben de haber arrojado al agua algo de mucho peso.

—¿Alguna barca?

—Me parece que una masa oscura flota cerca de la orilla.

—Y unas sombras se agitan encima.

—¡Preparémonos, Schapal!

—Se acercarán, y nos coserán á flechazos.

—¡Escondámonos detrás del tronco!

—Despierta á Narsinga y al prisionero.

Entretanto la balsa, que era de grandes dimensiones, se acercaba lentamente. Aun—que la oscuridad era muy profunda, los presos distinguieron sobre la balsa á una veintena de hombres que con sendas perchas empujaban la embarcación.

Alí, Schapal, Narsinga y el prisionero se habían escondido detrás del tronco, manteniéndose á horcajadas en distintas ramas á alturas diferentes.

—Schapal, encárgate de las municiones, y disponte a cargar las pistolas.

—¡Ya estoy preparado!

En aquel instante se oyó un silbido en las tinieblas, y un dardo pasó á pocas pulgadas del sitio donde estaba el indio, clavándose en una rama.

—¡Ya estáis á tiro—dijo Alí,—y si vuestras flechas llegan hasta nosotros, también mis balas pueden alcanzaros!

Se inclinó á un lado, y apuntando á la balsa, disparó rápidamente.

A la detonación respondió una gritería infernal de los salvajes, y las serpientes, espantadas por los chillidos, unieron sus silbidos al extraño concierto.

—¿Has hecho blanco?—dijo Schapal, cargando en seguida la pistola que Alí le había alargado.

—Así lo creo—repuso el capitán.—¡Cuidado con las flechas!

Una nube de dardos fué á clavarse en el tronco del árbol, rompiendo algunas ramas. Alí disparó por segunda vez y se oyó distintamente un rugido de dolor.

—¡Herido, Schapal!

—¿Será el jefe?

—No lo he visto en la balsa.

—¡El bandido!

—¡Dame la pistola cargada!

Se oyó otra detonación, seguida de otro lamento.

—¡Se conoce que el plomo hace de las tuyas!—dijo Schapal!—Además, si... ¡Ah! ¡Socorro...!

Alí, sorprendido por las voces, levanto la cabeza y vió al prisionero que se había lanzado sobre el indio, apretándole la garganta y haciendo esfuerzos desesperados por arrojarle fuera del árbol.

Schapal, cogido fuertemente á una rama no podía defenderse por temor á caer entre las serpientes: se resistía cuanto le era posible; pero el salvaje le apretaba cada vez con más fuerza. De pronto se oyó un golpe seco; el andamano dió un grito y soltó la presa. Narsinga había dado con una rama en la cabeza al salvaje, y Schapal, que tenía entre los dientes la pistola que acababa de cargar, al verse libre apuntó con la mano izquierda, sosteniéndose con la otra. El andamano, atontado por el palo, no tardó en reponerse, é

iba á arrojarle sobre el indio, pero éste le disparó á quemarropa. Aunque herido, trató de mantenerse sobre el árbol, y hubiera logrado su propósito si Alí no le hubiese cogido por una pierna, arrojándole entre las serpientes.

—¡Gracias, Narsinga!—dijo Schapal.

—¡Las pistolas!—repuso Alí.—¡Pronto, Schapal, que esos bandidos quieren desembarcar!

—¡Un momento!

La balsa se acercaba al islote, pero sin darse mucha prisa; los salvajes seguían disparando flechas, pero sin resultado, pues el tronco del árbol resguardaba sobradamente á los refugiados. Alí procuraba apuntar, para no perder ningún tiro; pero la oscuridad no siempre se lo permitía. El sexto disparo ocasionó la muerte de otro asaltante.

—¡Tres!

—¡No, cuatro!—rectificó Schapal.—El prisionero no puede contarse ya entre los vivos.

—¿Se retiran?

—Todavía no.

—¡Otro que se descubre! ¡Toma!

Otro salvaje cayó herido ó muerto; pero la balsa no retrocedió, aunque tampoco avanzó hacia adelante. Los andamanos comenzaban á tener miedo de las armas de los extranjeros. Las flechas seguían silbando en torno del árbol; de vez en cuando se veía pasar una lanza arrojada por una mano firme.

—¡Tomad!—gritaba Alí, sin dejar de hacer disparos.

—¡Mata otro!—decía Schapal.

—¿Cómo estamos de municiones?

—Cuatro cartuchos nos quedan nada más.

—¡Y no se van! ¡Tomad, canallas!

Disparó dos tiros; pero sin resultado.

—¡Schapal!

—¿Qué?

—¡Antes de cinco minutos, nos veremos presos ó muertos!

—¡Ahí van las dos últimas balas!

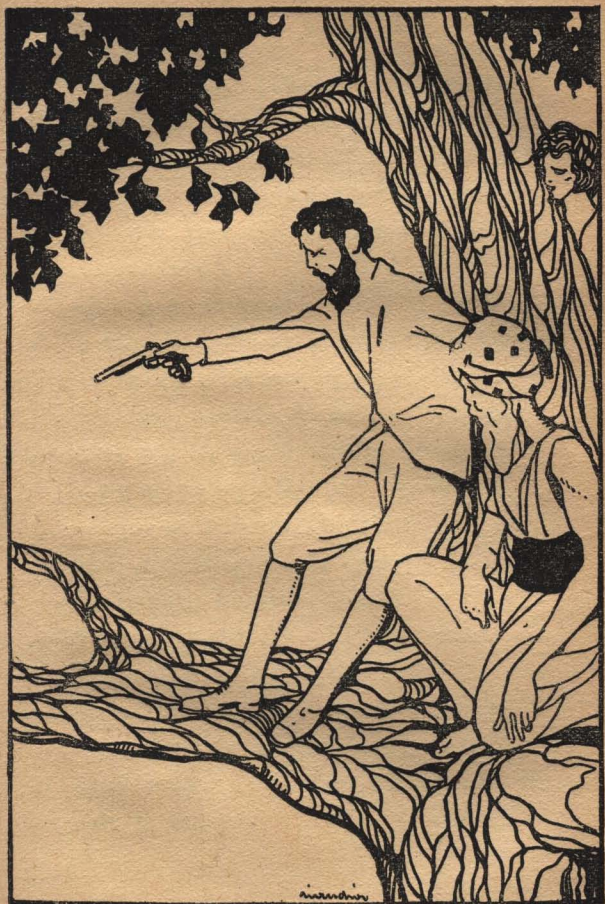
—¿Y después?

—¡El hacha!

—No servirá contra las flechas.

—¡Ten las pistolas!

—No me atrevo á disparar.



¡Tres!

—Los salvajes deben de haberse asustado; no adelantan ya.

—Pero no huyen. ¡Disparemos otro más!

Se inclinó hacia un lado y observó: un salvaje se disponía á arrojar su lanza. Allí hizo fuego, y el hombre cayó de rodillas sobre la balsa, rodando después al pantano, donde desapareció.

—¡Ahí va la última!

—Allí tembló al coger el arma: dos veces había alargado el brazo; y otras tantas lo había retirado, cuando de pronto un sonoro ladrido se oyó en medio de los bosques.

—¡Schapal! ¿Será Pandú?—gritó Allí.

A lo lejos se oyó otro ladrido.

Schapal dió un grito de alegría.

—¡Sí, Pandú, Pandú!—voceó.

—¡Y se oyen gritos!—dijo Narsinga.

—¿Dónde?

—¡En el bosque!

—¡Pues toma la última bala!

Y cayó otro salvaje que alborotaba en medio de la balsa.

XV

LA ENCALLADURA DEL PARAO

Antes de que ocuriesen estos acontecimientos en la playa de la Pequeña Andamana, el parao tripulado por Eduardo, Oliverio y Harry, presa de las llamas y sin gobierno, marchaba á merced de las olas; la situación del infortunado velero llegó á ser desesperada. Sin velas, sin palo mayor, con el trinquete ardiendo, sin dirección alguna, podía considerarse como un madero cualquiera abandonado al capricho de las olas y amenazado de estrellarse, pues el viento le empujaba contra las escolleras meridionales de la costa. Al pronto ni Harry ni Oliverio se dieron cuenta de lo que había hecho Garrovi antes de lanzarse al agua; pero cuando, repuestos de su sorpresa, se acercaron á popa y vieron el timón desprendido nadar sobre las olas, un rugido de desesperación salió de sus pechos.

—¡Estamos perdidos! ¡El miserable sabía lo que hacía!—dijo Harry arrancándose los cabellos.

—Harry—añadió Oliverio más tranquilo—la costa se halla á menos de tres millas de distancia: ganémosla.

—Las olas quebrantarán la nave.

—Pero nos salvaremos.

—¡Me parece que no!

—Probemos.

—¡No! ¡Una idea! ¡Cuatro hombres al palo trinquete! ¡Cortadlo, y arrojadlo al agua! ¡Seis hombres á popa con una verga y algunos tablones! ¡Señor Oliverio, déme usted unas cuerdas!

Mientras cuatro indios se disponían á cortar el palo indicado, otros se dirigían á popa con una de las pocas vergas que se habían salvado del incendio.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Oliverio, dando á Harry las cuerdas pedidas.

—Sustituir el timón destrozado por Harry.

—¿Como?

—¡Ahora lo verás!

Cogió los tablones y los ató á uno de los extremos de la verga: luego, con clavos, fué asegurando bien la armazón, de modo que resultó una pala de grandes dimensiones.

La sumergió por la popa, atando el extremo opuesto al gozne superior del timón.

—¿Hay maderos por ahí?—preguntó luego.

—Ese—repusieron los indios.

—Pues haced un palo pequeño, y desplegad una vela de recambio.

Mientras la tripulación se apresuraba á obedecerle con su acostumbrada rapidez, el palo trinquete, cortado por su base, cayó al mar, apagándose al instante, y evitando así que el incendio se propagara. En el castillo de proa desplegaron los marineros una vela de recambio, sosteniéndola entre dos vergas, que clavaron en el barco. El viento comenzó á henchir la vela. Harry movió la pala que había construído, y vió que la nave obedecía.

—¡Proa á tierra!—exclamó.—¡Y confíemos en Dios!

La playa sólo distaba unas tres millas pero por aquella parte no ofrecía acceso alguno: delante de ella se extendían largas filas de escollos y bancos.

—¿Por dónde desembarcaremos?—dijo Oliverio.

—Aun no lo sé; la oscuridad me impide ver la costa.

—Estás seguro de que ésta es la Pequeña Andamana?

—Seguro.

—¿Y podremos mantenernos en el agua hasta el amanecer?

—Temo que se rompa el timón y el mar nos arroje lejos de aquí.

—¡Hay que buscar un refugio!

—Sí.

—¿Y adónde habrá ido Garrovi?

—¡Que el Demonio le lleve!

—¿Y aquella niña? Sin duda es inocente.

—¿Cree usted? Pues yo sospecho que fué ella la que cortó la arboladura.

—¡Ella! ¡Tan pequeña!

—Garrovi no salía nunca de su camarote: estoy seguro.

—Pero ¿cómo estaba á bordo aquella niña?

—No sé.

—¡Quisiera aclarar este misterio!

—Pues es posible que no lo aclaremos nunca: no es fácil que Garrovi haya po-

dido llegar á la playa. Se habrá ahogado con la niña... ¡Hola...! ¿Son escollos?

—Sí—gritó Eduardo, que se hallaba á proa.

—¿Hay algún paso?

—Sí—repusieron los indios.

—¡Ya me parece que lo veo!

—¿No podríamos pasar de largo?—preguntó Oliverio.—Vamos á chocar.

—Después lo veremos.

Delante del parao, á trescientos ó cuatrocientos metros, se veía una larga fila de escollos que se destacaba de la playa y se extendía hacia el Oeste; las olas y el viento llevaban la nave en dirección de los escollos: afortunadamente, en la primera línea de escollos se abría un ancho canal, y Harry, aunque no conocía la profundidad del paso, dirigió la nave por aquella parte, exponiéndose á varar en cualquier sitio.

El parao, arrastrado por las olas, se precipitó por el canal con la velocidad de un caballo desbocado. De pronto dió un encontronazo y se detuvo, inclinándose sobre estribor.

—¡Hemos encallado!—gritó Harry.—¡Maldito sea Garrovi!

La tripulación se había reunido en la

popa, gritando y lamentándose, como si la nave fuera á hundirse en el mar.

—¡Queréis callar!—dijo Harry.

—¡Nos vamos á pique!

—¡El miedo os lo hace suponer!... ¡Señor Oliverio, señor Eduardo!...

—¡Aquí estamos!

—Entonces, no hay que lamentar ninguna desgracia.

—¿Resistirá el parao?—preguntó Oliverio.

—Ha encallado con tanta fuerza, que no habrá quien lo mueva de este sitio.

—¿Lo hemos perdido?

—Ahora no puedo asegurarlo; pero temo que la cosa sea muy grave.

—¿Y no podemos intentar nada?

—Absolutamente nada; pero no corremos peligro, pues los escollos defienden el parao.

—Pero si no podemos ponerlo á flote, ¿cómo volveremos á Bengala?

—¡Ya veremos más adelante! Vamos á ver si podemos descubrir el banco.

El marinero, seguido por Oliverio, Eduardo y la tripulación, se asomó á proa. En efecto; precisamente delante del canal se extendía un

banco de grandes dimensiones: el parao, empujado hacia adelante por los elementos, había conseguido al pronto subir en el banco; pero luego, perdiendo el equilibrio, se empotró en la arena, inclinándose sobre babor y quedando apoyado en una roca gigantesca.

No había peligro de que se fuera á pique; pero como las olas no cesaban de azotarlo, era de temer que la quilla se resintiese. Las carlingas y los puntales de la estiba crujían lastimosamente á cada embite del mar, que levantaba la popa de la embarcación.

—Esperemos—dijo Harry:—la nave es sólida, y no cederá. Lo que convendría es que pasara pronto este temporal.

—¡Qué desgracia!—exclamó Eduardo.—¡Naufragar aquí, cuando mi hermano debe de estar tan cerca!

—Le buscaremos de todos modos; en cuanto podamos bajar á tierra, nos pondremos en marcha—dijo Oliverio.

—¿Y el parao?

—Procuraremos *desencallarlo*, Señor Eduardo—añadió Harry.

—¿Y si no se pudiera sacar de aquí?

—Los carpinteros que vienen á bordo me ayudarían á construir otra embarcación mientras ustedes buscan á Alí. Tenemos víveres para cuatro meses, armas para defendernos de los salvajes, y poca prisa en volver á Bengala.

—¡Es verdad!—dijo Oliverio.—Aguardemos á mañana, á ver si podemos desembarcar y comenzar nuestras pesquisas.

Vana esperanza, pues el mar durante todo el siguiente día continuó tan agitado, que los navegantes no pudieron darse cuenta de la situación del parao. Por fortuna, la nave aguantaba, permaneciendo encallada y apoyada en la roca. Al atardecer mejoró el tiempo; pero después de las ocho de la noche, el vendaval que soplaba del Sur comenzó á azotar la cubierta del barco, revolviendo el mar y encrespando las olas.

Nadie se atrevió á dormir, temiendo que el viento sacara la nave del banco de arena y la estrellase contra las rocas.

Hacia las doce de la noche Harry creyó oír ladrar en la costa vecina.

—¿Oyen?—preguntó á Oliverio y Eduardo, que le hacían compañía.

—Un perro que ladra desde la playa—afirmó Oliverio después de prestar atención.

—¿Andará por ahí alguna tribu de salvajes?—preguntó Eduardo.

—No—repuso el marinero.—Nunca he visto perros en estas islas, y hasta creo que los andamanos no los conocen.

—¿Será el perro de algún náufrago?

—Tal vez.

—Yo juraría haber oído esos ladridos en alguna parte—dijo Eduardo, que escuchaba con gran atención.

—¿Dónde?

—A bordo de la *Djumna*.

—¿Será posible! ¿Tenía un perro tu hermano?

—Sí; un perrazo negro muy inteligente, que se llamaba Pandú.

—¿Nos habrá guiado nuestra buena estrella al sitio donde se encuentra Alí?

—¡No quiero forjarme ilusiones!—repuso Eduardo con voz conmovida.

—¡Escucha!

Eduardo, reteniendo la respiración, escuchó atentamente; pero entre el rugido del

mar y los silbidos del viento, los ladridos del perro sólo llegaban á la nave de una manera confusa y débil.

—No me es posible averiguar si es Pandú—dijo el muchacho.—¡Si pudiera verle!

—Dentro de poco empezará á amanecer—añadió Harry.

—¡Pruebe á llamarle!—indicó Oliverio.

El muchacho se llevó las manos á la boca, y formando una especie de bocina gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pandú...! ¡Pandúuu...!

Tres ladridos le contestaron.

Eduardo dió un grito de alegría.

—¡Es Pandú! ¡Señor Oliverio! ¡Es el perro de mi hermano!

—Harry, ¿será posible desembarcar?

—No; con este oleaje no se puede atravesar el canal. Esperemos á que amanezca.

—¡Busca un medio! Una hora se me haría un siglo en este momento.

—No es posible.

En aquel instante se oyó un ladrido más claro, más cercano.

—¡Pandú! ¡Pandú!—gritó Eduardo.

—El perro se ha tirado al agua: una masa negra se agita entre las olas.

Oliverio se volvió hacia los indios que permanecían en pie detrás de sus jefes, y les dijo:

—¡Veinte rupias á quien coja ese perro!

La cantidad era muy tentadora para aquellos pobres marineros, y suficiente para decidir al menos animoso. Tres malabares se hicieron atar sendas cuerdas por debajo de las axilas y se precipitaron al mar, mientras sus compañeros sostenían el extremo de los cabos. Ya se veía el perro: era un animal grande, de pelo negro, que avanzaba ladrando y nadando vigorosamente. Las olas le subían y le bajaban, haciéndole desaparecer entre las aguas; pero pronto sacaba de nuevo la cabeza pugnando por acercarse á la nave. Los tres malabares, que también luchaban enérgicamente contra el oleaje, procuraban acercarse al perro, uno de ellos se adelantó, y alargando un brazo, cogió al perro por el collar.

—¡Tira!—gritó.

Los marineros comenzaron á retirar rápi-

damente las cuerdas levantando á los malabares. El perro, comprendiendo que le conducían á la nave, se dejaba llevar. Poco después, el nadador subía á bordo, y Pandú se arrojaba sobre Eduardo, llenándole de caricias, lamiéndole las manos, y dando ladridos de contento.

—¡Pandú...! ¡Querido Pandú...!—exclamó Eduardo, que lloraba de alegría.—¿Me traes noticias de mi hermano? ¿Vive? ¡Pobre animal; no puedes contestarme! Dime, Pandú: ¿dónde está Alí?

Al oír aquel nombre, el perro se asomó á la nave mirando hacia la playa, y dió tres ladridos.

—¿Está allí Alí?—preguntó Eduardo señalando la costa con el índice.—¡Señor Oliverio, Harry!—añadió con voz lacrimosa.—¡Alí está allí! ¡Dios nos ha protegido!

—Sí—repuso el teniente con voz conmovida.—Alí está cerca, y dentro de poco se lo restituiremos. ¡El Destino nos guardaba esta alegría!

EL CASTIGO DE GARROVI

XVI Y ÚLTIMO

Cuando las tinieblas se desgarraron Oliverio, Eduardo y Harry se dispusieron á trasladarse á la costa para comenzar la busca del capitán de la *Djumna*, pues las muestras que Pandú había dado no podían ser más concluyentes. Como el huracán se había calmado, acordaron antes visitar el banco para cerciorarse de si el parao podía hacer de nuevo la travesía, ó si sería conveniente que los carpinteros principiaran la construcción de un barco más pequeño.

Echaron al agua el bote, y Harry, Oliverio y los carpinteros reconocieron el tronco que la bajamar había dejado casi descubierto. Con un vistazo se dió cuenta Harry de todo: la encalladura no era tan grave como había supuesto. Aprovechando una marea extraordinaria, y con un poco de trabajo, la nave podía ser desencallada y puesta nuevamente á flote.

—Mientras los carpinteros cortan dos palos nuevos en la selva y hacen un timón nuevo también, nosotros podemos ir en busca de Alí-Middel—dijo Harry.—Cuando volvamos pondremos á flote el parao.

—¿No habrá padecido mucho la quilla?

—No; estoy seguro. Estas naves se construyen con madera muy resistente.

Regresaron á bordo para ultimar los preparativos de la expedición, se proveyeron de armas, municiones y viveres, y desembarcaron en la playa en compañía de Eduardo, el perro y seis marineros.

—Dejemos que nos guíe el perro—dijo Harry.

El consejo estaba demás, pues Pandú así que se vió en tierra cogió á Eduardo por las vestiduras, intentando conducirlo hacia la playa occidental.

—¡Ya entiendo, Pandú!—dijo Eduardo.—¡No tengas miedo; te seguimos!

Al ver el perro que se dirigían hacia donde él indicaba se puso á brincar delante de los viajeros: tan pronto echaba á correr alejándose dando ladridos, como volvía al gru-

po saltando en torno de ellos, animándolos para que anduvieran aprisa.

Sin embargo, como Harry conocía el terreno, ordenó que avanzaran con toda clase de precauciones: antes de dar un paso se aseguraban de que en el lugar en que iban á pisar reinaba un silencio profundo, pues, según él decía, toda precaución era allí poca, y ya que estaban á punto de encontrar á Alí, no convenía perder ningún hombre. La costa parecía deshabitada, pues no se veía en ella trazas de habitación, ya reciente, ya antigua: sólo se hallaban bandadas de papagayos de todos los colores imaginables y pavos salvajes, y en las ramas más altas de los árboles muchos monos *guenus*, animales muy venerados en la India y que viven en grupos, pues poseen un espíritu de sociedad y congregación muy particular: con frecuencia declaran la guerra á los otros monos para arrojarlos de las selvas donde abundan los árboles frutales.

Al mediodía, después de recorrer unos doce kilómetros, y abriéndose paso á través de una masa espesísima de ébanos de la

India, de *borassos*, de beteles, de cañas de azúcar y palmeras de todas clases, se detuvieron á la sombra de un tamarindo para descansar.

Los tamarindos, muy comunes en la India, son raros en las Andamans; de aspecto majestuoso, tienen ramas inmensas cubiertas de un espeso follaje que resguarda muy bien del Sol y de la lluvia; la corteza gruesa, oscura y resquebrajada; sus flores son blanco-amarillentas, con listas encarnadas, y brotan en las puntas de las ramas en grupos de nueve ó diez; el fruto que producen es ácido y refrigerante. Los indios se sirven mucho de él, no como medicina, sino como condimento.

Mientras preparaban el almuerzo, Harry que se había acercado á la playa, vió á Pandú, que olfateaba las conchas acumuladas al pie de una roca: el perro las volvía y revolvía con el hocico, y después ladraba volviéndose adonde estaba Eduardo.

—¡Veamos!—dijo el marinero—Pandú quiere indicarnos algo.

Avanzó unos pasos; pero en seguida se

detuvo, viendo en la arena impresas cuatro huellas humanas; dos pertenecían á un hombre que debía de ir calzado, y las otras dos, á uno que fuera descalzo.

—¡Señor Oliverio! ¡Señor Eduardo!

—¿Qué pasa?—dijo el teniente acudiendo.

—¡Me parece que he descubierto la pista de Alí!

—¡De mi hermano!—exclamó Eduardo.

—Sólo hay una cosa que me hace dudar.

—¿Cuál?

—Que he hallado las huellas de un hombre calzado y otro descalzo, y en los papeles que encontramos de Alí no se decía que hubiese quedado en la *Djumna* ningún marinero.

—No.

—¿Habría encontrado algún compañero?

—Garrovi no dijo que dejase en la *grab* ningún malabar.

—Se habrá unido á algún salvaje.

—Pero ¿qué pruebas tiene de que esas pisadas sean de mi hermano?

—Mire esas conchas vacías que Pandú sigue olfateando: estoy seguro de que esas

huellas son las tuyas. Démonos prisa en comer, pongámonos en marcha inmediatamente.

Media hora más tarde se ponían todos en movimiento. Llovía; pero ellos no hicieron caso del agua, animados como iban de las mejores esperanzas.

Pandú les precedía siempre, costeando la playa; pero los innumerables obstáculos que les salían al paso les obligaban á marchar con más calma de lo que ellos deseaban. Grandes rocas interrumpían el arenal, y en ellas perdieron la pista que seguían; pero luego, al descender á los terrenos arenosos, volvían á ver las mismas pisadas de antes.

Al anoecer, uno de los malabres que se habían adelantado se detuvo bruscamente, exclamando:

—¡Una cabaña!

—¡Preparad las armas!—dijo Harry.

Al mismo tiempo el perro se lanzaba hacia la cabaña ladrando con furia.

—¿Estará habitada por los salvajes?

—Está medio derruída: avancemos con prudencia.

Se adelantaron los marineros con los fusiles preparados; pero pronto comprendieron que la cabaña estaba abandonada, pues Pandú entraba y salía sin que nadie se lo estorbase. Sin embargo, parecía presa de viva agitación, porque saltaba en torno de la vivienda y daba tristes ladridos, volviendo la cabeza hacia el mar, y luego hacia la floresta.

—¿Se habrá despistado el perro?

—¡Pandú! ¡Pandú!—gritó Eduardo, pero el can, en lugar de acudir, dió un aullido que tenía un no sé qué de lúgubre.

—¡Mala señal!—murmuró el marinero.—¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

La cabaña parecía de reciente construcción, pues las hojas que la cubrían estaban aun frescas: una de las paredes se hallaba hundida; como si hubiese cedido á un golpe violento; en las inmediaciones se veían plantas chafadas, ramas caídas, hojas arrancadas, como si aquel lugar hubiera sido teatro de una lucha. El interior de la cabaña estaba vacío; aquí y allá se encontraban algunas almendras.

—Aquí se ha librado un combate—dijo

Harry.—Se ven en torno de la cabaña muchas huellas de piés descalzos.

—¿Habrá sido acometido por los salvajes?

—No sé.

—Veamos por los alrededores.

Comenzaron á registrar las cercanías, y un malabar vió una flecha despuntada.

—¡Aquí han estado los salvajes!—dijo Harry cogiendo la flecha.

—¡Pobre Alí! ¡Le habrán matado!

—Los andamanes son malos; pero no suelen matar á los hombres blancos. Algunos viajeros dicen que son antropófagos; pero yo no lo creo. Le habrán hecho prisionero, pero sin maltratarle.

—Pero ¿quién nos dice que ha sido detenido Alí?

—Pandú nos ha guiado.

—¿Y qué harán con mi hermano?

—No sé; pero, si le han apresado, nosotros le libertaremos: con nueve fusiles hay bastante para hacer huir á una tribu entera.

—¿Adónde le habrán llevado?

—Se han internado en la selva—dijo un malabar:—aquí se ven las pisadas.

—¡Sigámoslas!

—¡Pandú—gritó Eduardo,—tú nos guiarás!

El perro, sin hacer caso, echó á correr con dirección á la playa; ladraba con furia, y parecía que iba á arrojarle sobre alguien.

—¡Pandú!—repitió Eduardo.—¡Aquí Pandú!

—¿Estarían ahí los salvajes?—¡Sigámosle!

Se encaminaron todos adonde se oían los ladridos del perro, que había desaparecido entre las plantas que coronaban una roca; de pronto entre los ladridos se oyeron gritos humanos.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Aquí, Pandú!—repetía sin cesar Eduardo.

El perro no obedeció tampoco: algo grave debía ocurrir entre las matas, y para averiguarlo subieron todos precipitadamente á la roca. El perro se encarnizaba ferozmente en un hombre, el cual no oponía la menor resistencia. Eduardo cogió al perro por la cola, y le separó de su víctima.

Un grito de horror se escapó de sus labios. El hombre que yacía en el césped era

Garrovi; pero en un estado indescriptible: los agudos colmillos del animal le habían desgarrado la garganta y la parte inferior de la cara, y le había llenado de mordeduras brazos y piernas.

—¡Garrovi!—exclamó Oliverio.—¿Se había salvado?

—Pero creo que ahora está bien muerto. ¡Pandú ha vengado á su amo!

Se inclinó un poco, y vió que el ex-saniasso no respiraba ya.

—¡Está muerto!

—Pero, ¿y la niña que llevaba consigo?

—Se habrá ahogado; este bribón tenía la piel muy dura, y logró salir ileso de la tempestad.

—Eso no—dijo Oliverio:—tiene una pierna rota.

—¡Ahora me explico por qué no ha podido rechazar el ataque de Pandú! ¡Vamos de aquí! Los tigres se encargarán de sepultarle en su vientre.

—¿Y la niña?—insistió Oliverio.

—Si estuviera por aquí, ya la hubiese descubierto Pandú.

—Me parece que la busca; no quisiera que le diese una muerte tan cruel.

—Iremos con cuidado. ¿Dónde está el perro?

—Se dirige al bosque.

—Pues alcancémosle.

—¿Habrà vuelto á encontrar las huellas de Alí?

—Es posible; pero no nos aventuremos de noche por la selva. Acampemos aquí, y mañana seguiremos.

Volvieron á la cabaña, la recompusieron como mejor pudieron, y tras una cena no muy abundante se echaron todos á descansar, menos un marinero que se quedó de guardia. Como estaban fatigados, no tardaron en dormirse; pero cuando el segundo marinero estaba relevando al primero, los ladridos del perro los despertaron con sobresalto. Harry, Eduardo y Oliverio se pusieron en pie al primer ladrido, y salieron al campo con las armas en la mano.

—¿Qué pasa?

—No lo sé—dijo el malabar que hacía la guardia;—pero el perro está muy desazonado.

—¿No has visto nada?

—No.

—Pues cuando el perro ladra, por algo será.

—¡Soltad al perro!—dijo Harry.

Un marinero soltó á Pandú, el cual así que se vió libre, se metió por entre los árboles, ladrando con furor.

—¿Habrá descubierto á la niña de Garrovi?

—Pronto saldremos de dudas.

Oliverio, Harry, Eduardo y los marineros siguieron al perro. Este, después de recorrer unos cincuenta metros, se detuvo ante un espeso grupo de árboles.

—¡Aquí, Pandú!—gritó Eduardo, temiendo que si el perro descubría á la niña se le tirase á la garganta.

El inteligente animal obedeció; pero en seguida volvió á los árboles, ladrando cada vez con mayor fuerza.

—¿Quién estará escondido ahí?

—¿Serán los salvajes?

—¿O algún tigre?

El lobo de mar avanzó resueltamente con

la escopeta cargada y el dedo en el gatillo. Una voz ronca, salvaje, le advirtió que allí se ocultaba alguien; pero no era el aullido de una fiera, era la voz de un hombre.

—¡Pst!—exclamó el marinero.—¡Un negro!

En efecto; un andamano de baja estatura, armado de una lanza, se hallaba acurrucado entre las plantas. Al ver al marinero, se puso en pie, colocándose en una actitud defensiva.

—¡Eh, hombrecito; baja esa lanza si no quieres que te meta una bala en la cabeza!

El salvaje, que no debía de comprender el inglés, en lugar de obedecer dió un salto atrás y blandió la lanza; pero los malabares, más ligeros que él, le cogieron por los brazos y le quitaron el arma de las manos.

—Muy útil puede sernos esta captura—dijo Harry.

—¿Por qué?

—Porque este salvaje nos dirá adónde han llevado á Alí: debe de pertenecer á la tribu que le ha detenido, pues no se halla muy distante de la cabaña donde estábamos durmiendo.

—¿Te comprenderá?

—Puede que conozca el bengalí: los andamanes hacen frecuentes viajes á Bengala.

—Pruebe—dijo Eduardo.—¡Tengo tales deseos de saber lo que ha sido de mi hermano!

El anciano no se lo hizo decir dos veces. Interrogó al prisionero; pero sin resultado: aunque escuchaba con gran atención no parecía entender una palabra.

—Déjame á mí—dijo un malabar,—que conozco algo la lengua de los salvajes de estas islas.

Le dijo unas palabras, y el preso le contestó.

—¡Me entiende!

—Traduce lo que yo te diga y lo que él te responda—dijo Harry.

—No te haremos nada, con tal que contestes á nuestras preguntas: si no nos engañas, te dejaremos libre y te regalaremos un cuchillo.

—Pregunta—dijo el indígena.

—¿Has visto un hombre blanco en esta costa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Le prendieron cerca de la costa.

—¿Cuándo?

—Hace dos noches.

—¿Quién?

—Mi tribu.

—¿Le han matado?

—No, porque huyó.

—Y ¿dónde está ahora?

—Sitiado en medio de un pantano.

—¿Lejos de aquí?

—No lo sé.

—¿Sabrías decirnos dónde?

—No, porque hay muchos en estos bosques.

—¿Iba solo el hombre blanco?

—No; va con un hombre que tiene la piel como tú y con una niña.

—¿Una niña?—dijeron Harry y Oliverio, cuando el malabar tradujo la respuesta.—
¿Quién será?

—¿Será la de Garrovi?

—¿Cómo pudo caer en sus manos?

—¿Quién será el hombre que acompaña

á Alí?—añadió el marinero.—¿Será algún indio que sobreviviera al desastre de la *Djumna*?

—Los documentos que hallamos nada decían.

—¡Señor Oliverio, señor Harry—interrumpió Eduardo,—mi hermano está sitiado, y de un momento á otro puede ser muerto ó herido!

—¡Es verdad; partamos sin detenernos!

Intentaron por última vez convencer al salvaje para que les sirviera de guía; pero en vista de que se obstinaba en negar que sabía el sitio donde el pantano se hallaba, le dejaron en libertad, entregándole el cuchillo prometido, arma preciosa para los isleños, que no saben trabajar el hierro. La gente se puso en marcha á través de la selva, á pesar de la oscuridad reinante, pero parecía que *Pandu* había perdido la pista, pues no caminaba siempre en la misma dirección; los hacía describir grandes curvas; á lo mejor volvía sobre sus mismos pasos, y otras veces regresaba hacia la playa.

Al amanecer se hallaron á poca distancia

del mar; pero habían adelantado varias millas hacia el Septentrión. Tuvieron que detenerse de nuevo, pues la caminata nocturna los había fatigado. A las diez volvieron á internarse en la floresta; pero sin dar con la pista de Alí. *Pandú* trabajaba en vano.

Por la tarde se sentaron en un claro del bosque. Todos estaban descorazonados, y Eduardo lloraba. Comenzaban á desesperar y á temer que el infeliz capitán cayese en manos de sus sitiadores.

Vencidos por el cansancio se adormecieron al fin; pero de pronto los despertaron unos agudos y penetrantes aullidos que se oyeron hacia Levante. *Pandú* se puso á ladrar, y los hombres se levantaron cogiendo las armas.

—¿Quién nos ataca?

—Nadie—repuso un marinero;—pero parece ser que en la selva se libra un combate, porque hemos oído algunos disparos

—¿Tiros? ¿No os habéis equivocado?

—No; estamos seguros.

—Los andamanos no poseen armas de fuego.

—¡Escuchad!

Efectivamente; oyeron nuevos aullidos, y después un disparo de arma de fuego.

—¡Los salvajes están atacando á mi hermano!

—¡Lo temo!

—¿Dónde está Pandú?—dijo Oliverio.

—Ha echado á correr por el bosque.

—¡Adelante! ¡Eso indica que ha oído á su amo—repuso el oficial.

Los nueve exploradores avanzaron precipitadamente entre aquel laberinto de troncos, césped, raíces y cañas. Los gritos continuaban, y de vez en cuando se oían algunos disparos, y los ladridos de Pandú.

Llevarían andados unos setecientos á ochocientos pasos, cuando Harry, que marchaba á la cabeza, se detuvo gritando:

—¡Quietos! ¡A tierra!

Todos obedecieron la orden: á doscientos pasos un grupo de salvajes se agitaba á la orilla de un estanque, aullando y blandiendo sus lanzas.

—¿Los salvajes?

—¡Sí!

En aquel instante, en medio de la arboleda, se vió brillar un relámpago, seguido de una detonación y de los furiosos ladridos de Pandú.

—¡Un tiro de pistola!

—¡Es mi hermano!

—¡Fuego contra aquellos salvajes!—gritó Harry.

Los nueve fusiles, disparados al unísono, hicieron retumbar la selva. Los andamianos, al oír aquella descarga y al ver caer á algunos compañeros huyeron á la desbandada, refugiándose en los bosques.

Oliverio, Eduardo, Harry y los malabares se precipitaron hacia el pantano en cuya ribera ladraba Pandú.

—¡Alí, hermano mío! ¿Eres tú?—gritó Eduardo.

—¡Mil rayos! ¿Quién me llama?—exclamó una voz que partió de un grupo de árboles situado en el islote que se hallaba en medio del estanque.

—¡Alí...! ¡Alí...! ¡Por fin te encuentro!

—¡Eduardo! ¿Eres tú? ¡Schapal, Narsinga, nos hemos salvado! ¡Eduardo! ¡Haz

fuego contra aquella balsa! ¡No tengo municiones!

Hasta entonces Harry y sus acompañantes no habían visto una balsa en que iban algunos andamanes, y que se dirigía á escape hacia la orilla vecina. Antes de que los extranjeros hiciesen fuego, los salvajes llegaron á tierra y se perdieron entre los árboles.

—¡Alí, baja!—dijo Eduardo.—¡Han huído los enemigos!

—¡Imposible! La isla está plagada de serpientes, y no podemos bajar.

¡Amigos—dijo Oliverio,—á la balsa, y vamos á salvarles!

—¡Cuidado, que estos reptiles son venenosos!—exclamó Alí.

—¡Tenemos armas, y los exterminaremos!—repusieron Harry y el teniente.

CONCLUSION

Dos horas después, cuando los malabares hubieron dado muerte á todos los reptiles, ya á golpes, ya prendiendo fuego á las plantas donde las serpientes se ocultaban, Alí, Schapal y Narsinga descendieron de su árbol protector.

Cuando el capitán se halló en presencia de su hermano, la alegría le hizo enmudecer, y permaneció ante él callado é inmóvil.

—¡Alí! ¡Querido hermano!—exclamó Eduardo arrojándose al cuello.—¡Te he llorado por muerto!

—¡Mil rayos!—gritó al fin el marinero apretando al muchacho contra su pecho.—¿No es un sueño? ¿Eres Eduardo?

—¡Ya lo ves, Alí; yo soy!

—¡Si llegáis á retrasaros un poco, puede que no me hubierais encontrado vivo! ¿Estos marineros...?

—¡Señor Oliverio, Harry—dijo Eduardo;

y volviéndose hacia su hermano añadió: Da las gracias á estos valientes, que han vencido mil obstáculos para venir á salvarte.

El capitán, todo conmovido, se quitó el sombrero y dió la mano á sus salvadores, diciendo:

—¡Gracias, caballeros! ¡Nunca olvidaré cuanto ustedes han hecho por mí!

Oliverio y Harry, en vez de darle la mano al intrépido capitán de la *Djumna*, le abrazaron efusivamente.

—Pero... ¿cómo se encuentra contigo la niña de Garrovi?

—Sepan ustedes que esta inteligente criatura me ha prestado grandes servicios y que me ha salvado del puñal de Garrovi.

—¿Le has visto?—preguntó Eduardo.

—No, porque si le hubiera visto, no viviría ya.

—Ya no vive: Pandú te ha vengado.

Alí miró á Narsinga; la niña había inclinado la cabeza sobre el pecho, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

El capitán la cogió en brazos, diciendo:

—¡Has perdido un padre malo, Narsinga;

pero has encontrado otro mejor: yo te pro-
hijo.

—¡Y yo seré tu hermano!—añadió
Eduardo.

La niña sonrió entre lágrimas, y besando
al marinero, repuso:

—¡Gracias, padre mio...!

.

Algunas horas más tarde, sin el menor
contratiempo, regresaron al parao Alí, Nar-
singa, Schapal y sus salvadores.

Durante el camino, Alí les contó las ex-
traordinarias aventuras que le habían acon-
tecido en la isla.

Una semana después, cuando los marine-
ros terminaron la recomposición del barco
aprovechando una marea extraordinaria, con-
siguieron poner el parao á flote.

Se alejaron sin sentimiento de aquellas
inhospitalarias costas, y pusieron la proa ha-
cia Bengala. Tras un viaje feliz, favorecido
por el monzón, anclaron en Calcuta.

El presidente de la *Joven India*, preveni-
do de su llegada, pasó á bordo del parao y
abrazó á Alí y á sus valerosos salvadores.

Cuando supo que el capitán había adoptado á Narsinga, regaló á la niña el *bengalow* de Garrovi, y Oliverio, adquirida una nueva *grab*, confió su mando al animoso Alí.

Narsinga no abandonó nunca á su padre adoptivo ni á Eduardo, ni se olvidó de los servicios del teniente ni de Harry.

Sin embargo, en el fondo de su alma guardaba aún algo del cariño que había profesado al ex-saniasso, y siempre que oía su nombre se ponía triste. Recordaba que aquel hombre la recogió un día moribunda y hambrienta en la polvorienta carretera de Rangpur, que la quiso como si fuera su hija, y que por ella había cometido una serie inacabable de infames traiciones y horribles crímenes.

FIN DE LA NOVELA



Í N D I C E

SEGUNDA PARTE

<u>Capítulo</u>	<u>Páginas</u>
I.—La sombra funesta del manzanillo	7
II.—En los bosques	19
III.—Entre la marea y los salvajes	35
IV.—La persecución	51
V.—La retirada de los salvajes.....	69
VI.—El ataque de los Bhainsas	81
VII.—La nave incendiada	95
VIII.—Latschimi	107
IX.—El odio de Garrovi	129
X.—Los Andamanos	141
XI.—La fuga de los prisioneros	157
XII.—Las arenas movedizas	169
XIII.—El peor enemigo	183
XIV.—Sitiados en el árbol.....	195
XV.—La encalladura del parao	211
XVI.—El castigo del Garrovi.....	225
Conclusión	247

